

**XXVIII CONCURSO LITERARIO
“LETRAS JÓVENES”**

**“Homenaje a María Elena Walsh”
GODOY CRUZ 2025**

Convocatoria provincial

**Categoría “A”
de 21 a 24 años**

1° Premio
Andrés Emmanuel Oña Torres

El país de las palabras dormidas

Edu no odiaba la escuela, odiaba a los niños que había en ella. No por ser como fueran, sino por no respetar quien él era. Él era un niño de diez años y ojos que parecían dibujados con crayones celestes. No hablaba, pero sabía escuchar como nadie, y demostraba que sin palabras transmitía lo mismo o más. Con sus manos, con su mirada, con los dibujos que hacía en los cuadernos a rayas del colegio.

En la escuela, o “prisión” como la veía, muchos niños lo miraban raro. Algunos se reían y otros, incluso, lo provocaban. “Mudito” le decían, sin saber que el silencio a veces grita más fuerte que un megáfono. Él no respondía con palabras. Prefería acurrucarse en su rincón favorito del patio, entre su árbol preferido y el bebedero, y dibujaba mundos donde nadie necesitaba hablar para ser entendido.

Un día, mientras la maestra leía un poema de María Elena Walsh sobre una tortuga que quería viajar, el pequeño dejó rodar una lágrima silenciosa por su mejilla. Nadie lo notó ni la vio, excepto un diminuto pajarito azul que había entrado por la ventana abierta.

—¿Quieres volar, Edu? —preguntó el pajarito, pero no con palabras, sino con música. Edu lo entendió.

En unos segundos, el ave dio tres vueltas sobre su cabeza, cantó una melodía dulce como la leche tibia y lo llevó volando sobre el pizarrón, sobre el techo de la escuela, los techos de las casas, sobre los gritos que duelen y los murmullos que lastiman.

Aterrizaron en un lugar particular: un país con letras flotando en el aire, signos de pregunta colgados como faroles, versos escritos en las ramas de los árboles y plantas de caramelo y golosinas por doquier. Todo olía a tinta fresca y merienda.

—¡Bienvenido al País de las Palabras Dormidas! Acá vienen las palabras que nadie se anima a decir. Las que se callan por miedo, vergüenza o porque no encuentran el camino —dijo una jirafa con anteojos y un pequeño bigote y sombrero.

Edu caminó entre ríos de canciones, montañas de libros sin terminar y calles empedradas con sílabas sueltas, bajo una lluvia tenue de papелitos con

letras. En una plaza, una vaca tocaba el bandoneón y una oveja recitaba un poema en lengua de señas, en compañía de un león que enseñaba braille a unos pájaros.

Nadie le preguntó por qué no hablaba.

Nadie le pidió que cambiara ni lo forzó a hacerlo.

Al contrario, una niña de piel dorada, le dijo:

—¡Qué bueno que viniste! Te estábamos esperando para que nos muestres tu mundo.

Y así lo hizo: con palitos, piedras, tizas mágicas, crayones y témperas. Comenzó dibujando a su hermana riéndose, al cielo en un globo de palabras, a su papá abrazándolo en silencio. Siguió y retrató a su mamá preparándole una chocolatada y a su maestra apoyándolo.

El público aplaudió, pero no con las manos sino con los ojos. Algunos usaron sus manos para aplaudir en lengua de señas.

Pasaron una tarde inolvidable entre risas y abrazos, juegos y diversión, comprensión más allá de las palabras que había en el mundo terrenal. En ese mundo, en ese espacio, solo importaba el respeto, la comprensión y la comunicación como cada uno pudiera y quisiera; con sistema braille, lengua se señas, incluso, con pestañeos.

Nadie era rebajado o menospreciado por ser quien era.

Finalmente, cuando el pajarito le dio que era hora de volver, Edu no tuvo miedo. Ahora sabía que su forma de transmitir era igual de valiosa que las demás. Que había lugares —aunque fueran secretos— donde no hacía falta hablar para ser escuchado.

Al día siguiente, en la escuela, Edu no dibujó en el mismo rincón de siempre. Caminó hasta el centro del patio con una hoja en blanco y la dejó en el piso. Empezó a trazar un árbol, luego un niño trepando, y por último, un arcoíris que brotaba de su pecho.

Esta vez algo cambió.

Abril, una compañera que siempre lo miraba desde lejos, se animó a acercarse y dejó una flor de papel al pie del dibujo. Después se sentó a su lado en silencio.

A la semana ya eran cuatro alumnos dibujando. Un pequeño grupo de niños conectados entre sí.

Y en menos de un mes, ese rincón olvidado se convirtió en la Plaza de las Palabras Dormidas. Un lugar donde nadie tenía que hablar si no quería o podía, donde el respeto no se pedía: se practicaba.

Edu no volvió a escuchar que le dijeran “mudito” nunca más. Porque todos habían aprendido a ver el mundo como él lo veía y a empatizar y acompañar. A crecer como niños y vincularse desde el respeto.

Incluso, acompañando a otros niños iguales o parecidos a Edu, que se comunicaban con lengua de señas, que tartamudeaban o que les costaba hablar por temor a ser juzgados. Todos unidos con un mismo fin, entendiendo que lo diferente no es malo, es único.

2° Premio

Mariana Jessie Humpiri Balabarca

El jardín donde las palabras germinan

Había una vez un chico llamado Lino que coleccionaba palabras como otros coleccionan figuritas.

No eran palabras raras ni difíciles, sino palabras con sabor: albahaca, paraguas, chirimbolo. Las guardaba en una cajita de madera junto con pétalos secos y boletos de colectivo con dibujos de dragones que él mismo inventaba.

Un martes cualquiera —esos días que parecen no tener ninguna sorpresa— Lino vio detrás del limonero del patio una puerta diminuta. No medía más de treinta centímetros y estaba pintada de azul, algo descolorido. Tenía un pomo de cobre que brillaba como si alguien lo hubiera pulido hace un instante.

La curiosidad pudo más que la lógica. Así que Lino agachó la cabeza y con un ligero empujoncito la puerta cedió. Del otro lado no había un pasillo, sino un jardín. Aunque no un jardín común y corriente sino, uno muy especial y maravilloso: allí crecían y florecían palabras.

Flores de sílabas bailaban al compás del viento. Los arbustos estaban llenos de letras que maduraban como moras. Algunas tenían perfume a cuento nuevo; otras, olían a canción de cuna.

—Bienvenido al Jardín de las Palabras —dijo un loro de pico amarillo, que vestía un chaleco a cuadros, tan colorido como su plumaje—. Soy Pomilio, guardián de las metáforas.

Lino miró fascinado.

—¿Y... se pueden tocar las metáforas?

—Con cuidado —respondió Pomilio—. Aquí, las palabras crecen según como las cuides. Si las riegas con risas, se ponen brillantes. Si las riegas con miedo, se encogen. Y si las riegas con enojo... —el loro hizo torció el pico hacia un costado —se llenan de espinas.

Un rosal cercano soltó un “ay”, mientras se encogía.

—Esa palabra fue regada con un grito feo —explicó Pomilio, señalando el rosal rojo—. Tardará en recuperarse.

Lino pasó horas caminando por el jardín. Encontró enredaderas de “por favor” que trepaban hasta las nubes con forma de barco. Había flores de “gracias” que iluminaban el suelo como pequeñas luciérnagas. Y, en un rincón, una planta tímida con un solo capullo: la palabra “perdón”.

—Está a punto de abrirse —susurró Pomelio—, pero necesita paciencia.

En ese momento, el cielo del jardín se puso gris. Una ráfaga trajo palabras rotas: insultos, burlas, murmullos afilados. Las plantas se encogieron, las flores se cerraron.

Lino sintió un nudo en la garganta. Abrió su cajita de madera y sacó una palabra que había guardado para un día especial: “Esperanza”. La plantó en la tierra húmeda y, sin pensarlo, empezó a cantarle. Era una canción inventada, hecha de sonidos suaves y tonterías rimadas, como las que cantaba su abuela mientras cocinaba.

La “Esperanza” creció rápido y de ella salieron chispas verdes que tocaron las otras plantas. El color volvió, el viento se hizo tibio, y hasta la palabra “perdón” se animó a florecer.

Pomelio sonrió.

—Has salvado el jardín, Operativo.

—¿Operativo? —preguntó Lino.

—Ese es tu nombre en este jardín. El que rescata palabras.

Cuando Lino volvió a cruzar la puerta, el limonero seguía allí, pero algo había cambiado. El aire parecía más ligero. Desde ese día, cada vez que hablaba con alguien, Lino imaginaba que sus palabras caían al suelo y echaban raíces.

Y cuidaba de que ninguna, nunca, creciera con espinas.

3° Premio

Julieta Micaela Ríos Maccari

La abuela Ciruela

Una tarde de calor, un loro copetudo me contó el cuento de Elbela Ciruela, la niña que quería ser abuela. Elbela era bien viva y vivaracha. Vivía en Jujuy con su madre Pacha. Pacha era una mujer chincherina y bonachona.

Elbela abrazaba a su mamá cada media hora, todos los días de lunes a sábado, y el domingo descansaba los brazos. Cuando Elbela la abrazaba, rápido y en secreto, Pacha le armaba en el pelo una trenza de fideo. Tanto abrazo se daban que la cabeza de Elbela estaba hecha un mar de largas y finitas trenzas negras.

Elbela amaba su pelo de obsidiana, pero también le gustaban los colores. Mientras más colorinche su vestido mejor y, para combinar, ataba a sus trenzas largas cintas de tafetán. Podían ser de un verde colibrí, de amarillo benteveo, azul tacuarita o rojo cardenilla.

La niña, aunque no lo creas, iba a la escuela con una vaca que además de estudiosa era abuela. Le contaba a Elbela como tejía camisas y camisones, ponchos y ponchones. Hacía budines y galletas, bizcochos y paletas. Tanto, tanto le gustó la idea a Elbela que decidió ella también ser abuela.

¿Cómo se vuelve alguien abuela? Yo no sabría decirte, quizás se empieza con los nietos. La pequeña les preguntó a sus compañeros si podían ser sus nietos, pero todos ya tenían sus propias abuelas. Enojada, a Elbela se le ocurrió encontrar niños nuevecitos, bien desabuelados.

¿Pero, de dónde sacaba los niños? Sus papás le contaron que los niños vienen de muchos lugares: algunos los traen las cigüeñas, otros vienen envueltos en repollo y unos cuantos más salen de duraznos.

Como volar le daba miedo, y el repollo asco, decidió buscar duraznos. Se enteró que crecían muchísimos en Mendoza y se fue para allá en su bici rosa. Cuando la bici rosa llegó a Mendoza un tatú la vio de tú a tú, se hizo bola en la tierra y la bici dio un patatús.

Elbela salió volando lejos. Sus cintas coloridas bailaron al viento hasta formar un arcoíris en el cielo. Mientras volaba iba contando: un metro, dos metros, tres metros. A los mil metros se cansó, a los dos mil por fin cayó. Se dio cuenta que volar no era tan malo, ahora le daba miedo aterrizar.

A su alrededor había una finca, con hileras e hileras de durazneros. Se levantó, sacudió la tierra de su falda y empezó a buscar a lo largo y ancho. Buscó los duraznos más naranjosos, peludos y grandiosos. Trepo árboles y ramas, dejando tras de sí un rastro de cintas como lianas. Con todos guardados en una canasta se dio la vuelta y quiso volver. Pero, ¡ay!, que tremendo, sin darse cuenta, el pelo se le había hecho un esperpento. Despatarrado por aquí y por allá, enredado entre las ramas, Elbela había quedado enmarañada.

Intentar escapar la enredaba más. Pasaron las horas y el que se escapó fue el sol, quedó la noche sola. Llorando, Elbela pensó en su mamita que seguro ya la extrañaba. Ahí es cuando escuchó un ¡tuturutú! Movié su cabeza como avestruz, para un lado y otro a ver de dónde venía. Después sonó un ¡tatararí! y un ¡tarararú! y hasta un ¡tuturutú!

Vio venir un remolino de polvo y el sonido extraño se mezcló con el de un motor viejo que retumbaba como si fuera una nube con tos de trueno. Elbela no lo podía creer, era una abuela en motoneta tocando la trompeta. Era cejona y escueta, llevaba en ambos pies un par de botas gauchescas. Frenó gritando: “¡Epa, epa, tranquila moto lela, que ya llegamos!”. Se acercó a Elbela y dijo “Esta es mi finca, yo soy la Abuela Espuela. No me acuerdo haber plantado una niña enredadera”. Elbela contestó “No soy una niña enredadera, soy una niña enredada”.

La abuela se puso la trompeta en el oído para escuchar mejor y Elbela le explicó su situación. Sin decir una palabra, Espuela sacó un gran bolso hecho con un carozo. Lo desenroscó, lo partió en dos y de adentro tomó un peine de caña y un pedacito de aloe vera. En menos tiempo del que tarda un caracol en lavarse el caparazón, untó todo el pelo de baba vegetal, con el peine dio un par de peinazos y lo desenmarañó hasta dejar las trenzas bien trenzadas.

Elbela quedó con la melena como lengüeteada para atrás, le dijo gracias a la abuela mientras contaba el porqué de su visita. Preguntó “¿Cómo sabe una cuando es abuela?”, la viejita respondió “Porque el tiempo ya no vuela. Cuando se es abuela cada segundo vale una centena”.

“¿Y los nietos?”, consultó Elbela. La viejita quedó haciendo memoria, quieta como un árbol y con el ceño de lechuza, hasta que por fin se movió. “Vení, te muestro”, comentó. Haciendo una pirueta montó en la moto-motoneta, tomó

de la mano a la invitada y la subió de cabeza. Echó chispas el motor contra la espuela y con un giro del manubrio salieron pa' lante y pa' fuera.

En un volar de moscardón llegaron a orillas de un zanjón. Allí crecía un árbol, que más bien era arbolón. Un palo borracho, grande como montaña y gordo como elefante. A su sombra, vigilante, había un poroto muy galante. La abuela Espuela trompeteó, pero el poroto no lo oyó. “Este guiso es muy petiso”, la Abuela Espuela tocó bajito. El poroto cabeceó, y el gran tronco se partió.

Pasaron muy panchas por una hendidura ancha hasta llegar a un vallecito en el cual había de todo un poquito: cactus sin pinchos y flores pinchonas; zorros azules y hormigas patonas que saltaban la sogá; plantas crecían para abajo, para arriba y para adentro. En el medio, abeja y abejorro celebraban su casamiento. En una laguna un grillo tucumano bailaba a los patos una chacarera y algún que otro gato.

Entre el bochinche, andaba otra abuela correteando a una chinche ladrona. Era Abuela Cidronela, con camisa de franela y zapatos castañuela. También, por su taller, Abuela Lentejuela cosía vestidos brillantes y sombreros despampanantes. Debajo de un jacarandá, manchada trabajaba Abuela Acuarela. Vestida con chinela, plantó su lienzo donde pincela su gran obra maestra. En otro rincón se levantó el telón, donde la Abuela Rayuela, de lentes y guardapolvo, jugaba a la maestra. De tanto jugar, sin querer queriendo les enseña a los monitos el diccionario completo. También las tortugas, sin errar ni dudar, pueden ahora sus mil años contar.

Viendo a las cinco abuelas tan cancheras una duda le llegó a Elbela. “¿Y los nietos?”, consultó. Espuela con paciencia le contó: Cidronela visita a sus nietos de vacaciones, cuando se acaba el toronjil para el mate. Cuando los niños de sus vecinos se quedaron sin abuela, Lentejuela se ofreció certera y ahora es su segunda abuela. Los nietos de Acuarela ya crecieron, se hicieron rockeros y andan de ruedo en ruedo por un país del que no me acuerdo. Rayuela se casó de nuevo hace poquito, le confesó a su marido nuevecito que siempre había querido ser maestra. Él, pronto y contento, le dijo que lo hiciera, que para que el tiempo le diera él se haría abuelo y abuela de todos los nietitos.

Mientras todo esto contaba, las arrugas en la cara de doña Espuela dibujaban sonrisas. A veces eran jijis, después como jojos. Pero de momento, su cara cambió, la risa paró. “A una abuela no la hacen los nietos, los míos se

perdieron. Sin embargo, todavía ando abueleando, mientras sigo buscando y buscando”. Elbela quedó tan confundida que el pelo se le empezó a enredar de nuevo, ¿cómo puede quedar una abuela sin sus nietos?

Espuela no prestó atención a Elbela y siguió hablando, otra vez risueña: “Hasta escuché por ahí de una bisabuela que vuela de país en país, de nieto en nieto, sin preocupación alguna en su cajuela. Esto último me contó allá por Buenos Aires una viejita cantora. Cantaba cuentos y contaba canciones, y aunque nunca se casó, ni mucho menos tuvo nietos, tantos niños se acunaron con su voz que bien podrías decir que se hizo abuela del país entero”.

Hay suficientes formas de ser abuela como para escribir mil estrofas candomberas. Pero este cuento ya tiene muchas abuelitas y abueluchas, así que hasta acá llegó el tema.

Elbela aprendió que no se necesitan nietos para ser abuela, tan solo se requiere un corazón dulce de ciruela para compartir con quien quieras y una sonrisa sin fecha de caducidad.

Elbela Ciruela, con ayuda de doña Espuela, encontró su bici y volvió a su casa contenta. Saludó a su madre con un abrazo largo como la orilla del mar. En lo que ella le hacía una trenza nueva declaró: “Mamá, a partir de hoy, vas a ser mi nieta”.

Y así empezó a abuelear la Abuela Ciruela.

**Categoría “B”
de 17 a 20 años**

1° Premio

Priscila María Alicia Spadela Parraga

¿Qué ves?

No muy distinta a otras tardes camina ella, Felicia, con su andar de metrófono mimoso. Dicen por ahí —en el barrio y sus alrededores— que caminar es una actividad que despeja la mente y relaja el cuerpo. Pero para Felicia es mucho más que eso: es abrazar al viento que le peina los pensamientos, es sentir el cálido sol que acaricia su piel y escuchar cómo la ciudad habla su propio lenguaje a bocinazos.

Si no es un frenazo caprichoso, es un camión que canta en Fa mayor o un micro que tose con ritmo de cumbia. Pero ella no presta atención a tales trivialidades. Ella afina las orejas como quien busca caracoles en la playa.

Atraviesa la primera avenida —que siempre va con su paso apurado, como si llegara tarde a una reunión de avenidas— y, al pisar el caminito de piedras tan familiar, empieza el encantamiento. Las piedritas la saludan, tímidas pero contentas de verla nuevamente, y los árboles —esos caballeros altos de copas frondosas y humor cambiante— le hacen cosquillas con sus sombras. El sol, juguetón y algo atrevido, intenta sortear su presencia entre las hojas, pero estas lo regañan y lo esconden como si fuera un juego de mancha.

Felicia sonrío. Ya empezó su momento favorito del día. El sol, que ya había sido reprendido por las hojas, ahora le guiña un ojo desde el borde de una rama.

Pronto después, al compás de su andar, se suma un resonar conocido: pasos elegantes, medidos, como si un piano hubiese comenzado a tocar solo para ella. Es Bianco, el caballero de blanco, aquel que va siempre impecable y con modales elegantes. Siempre llega sin anunciarse, pero jamás tarde.

—Permíteme, querida —musitó con la naturalidad de quien ya ha dicho eso en mil ocasiones, mientras extiende su brazo.

Felicia tantea el aire, que se volvió más amable en su búsqueda, hasta encontrar el brazo de Bianco, ese brazo firme como rama de jacarandá en flor. Luego de unos segundos, afirma su agarre con suavidad, como quien se toma la mano con el tiempo.

Con Bianco a su lado, el mundo se vuelve extrañamente más caminable, casi como una danza. El paseo ahora tiene música, como si el viento se hubiera puesto de acuerdo con los árboles para hacerle un fondo de vals.

Bianco, como siempre, llega sin que lo llamen. Es de esos amigos que saben leer el alma, aunque no se abra la boca. Ya sea para ir al mercado, para ordenar el caos de los papeles en casa o algo tan simple como alcanzar aquellas llaves que se escondieron juguetonamente en la alfombra de la entrada. Es un gran amigo, de esos que siempre están, que no hacen ruido, pero llegan como una canción conocida, justo cuando uno más los necesita. Y para Felicia, es lo más cercano a un hermano.

Los minutos también empezaron su propia caminata, o más bien carrera. Dicen —porque siempre hay alguien que dice— que cuando uno la pasa bien, el tiempo se vuelve un ente apurado, quizás un poco celoso de no ser él quien disfruta de la buena compañía. La dupla sigue con su andar, ahora con un ritmo más manso y un cansancio que apenas asoma, como un bostezo contenido. Pero nada que impida el paseo, porque en los corazones libres, hasta el cansancio sabe portarse bien.

—Entonces dime, Feli —rompe Bianco, mientras sus zapatos hacen crujir las hojas como si tocaran castañuelas otoñales—. Vamos donde siempre, ¿verdad?

—Claro —responde Felicia, con esa sonrisa que guarda entre la amabilidad y la nostalgia—. Sabes que es mi lugar favorito.

Pronto, el caminito de piedras, que ya los conoce de memoria, parecía alisarse bajo sus pisadas. Las ramas se apartan con respeto, y hasta el viento baja la voz a un siseo sublime. Al final del sendero, como si esperara desde siempre, se alza la biblioteca local.

Allí, en esa esquina encantada del barrio, el tiempo se detiene sin hacer ruido. La puerta, de madera antigua y manija de bronce soñador, se abre sin esfuerzo, como si reconociera las manos que saben amar y apreciar los libros. Dentro, los estantes se elevan como pilares de un poderoso templo, rebosantes de lomos gastados y letras que ya conocían el susurro de sus lectores.

El aire tiene un perfume inconfundible: mezcla de tinta dormida, papel envejecido y un toquecito de café que alguien olvidó terminar, tibio todavía, sobre una mesita de lectura. El silencio no es silencio del todo; es un murmullo benévolo, hecho de páginas que se dan vuelta y pensamientos que se acomodan.

Y aunque alguna vez se habló de poner Wi-Fi o pantallas brillantes —la mayoría de las veces por pedido de los niños curiosos y jóvenes de pulgar inquieto—, la bibliotecaria jamás cedió. Desde el primer instante, defendió su territorio con la firmeza silenciosa de quien custodia un tesoro.

La mujer, de melena plateada como virutas de luna y pepitas de pirita, que alguna vez fue rubia como pan recién horneado, es la guardiana del reino. No lleva corona, pero sí gafas antiguas que han conocido varias veces el suelo, y una mirada que lo ha leído todo. Impide, sin gritos ni portazos, que sus tierras sean arrasadas por cables invasores, pitidos insistentes y brillos antinaturales.

Allí, los teléfonos guardan silencio, como si entendieran que hay lugares donde hasta ellos deben quitarse el sombrero. Las palabras impresas gobiernan, y los pensamientos viajan sin necesidad de estar en línea.

Felicia entra como quien vuelve al nido. Camina sin apuro, como si el suelo reconociera sus pasos y le abriera camino entre las estanterías que respiran historias. Bianco, fiel como siempre, permanece a su lado unos segundos, como acompañando un ritual invisible. Luego se queda quieto, a la altura exacta en que termina el bullicio del mundo y empieza el silencio con alma.

Sabe bien que ese lugar no necesita más compañía que un buen libro y el corazón de Felicia, que vuelve a encontrarse —una vez más— con esos amigos de papel y cuero que nunca hacen preguntas, pero siempre tienen respuestas.

Elvira la ve llegar y su semblante se suaviza con costumbre. Para ella, ver gente que todavía disfruta de páginas numerosas y lomos robustos es una bocanada de aire fresco en una estación que a veces se olvida de respirar.

—Ya empezaba a dudar que vendrías, Felicia.

—No podría... y tampoco me gustaría perderme este momento, señora Elvira —responde con un toque de diversión titilando en las cuerdas vocales.

Sin esperar órdenes ni protocolos, la bibliotecaria le toma el brazo como si fueran viejas compañeras de travesuras. Como una guía turística por el palacio de la sabiduría, Elvira marca el paso entre los pasillos amurallados de volúmenes diversos —altos, bajitos, dormidos, expectantes— hasta llegar a la zona de las mesas.

Bianco, siempre un paso detrás, se acomodó en la larga mesa de roble como si fuera su palco personal. Cruzó una pierna sobre la otra con la precisión de quien lleva años practicando la elegancia.

—Por acá, cariño... cuidado con la silla. Sus patas son algo traicioneras —dice Elvira, apartando la silla como quien descorre un telón.

Felicia se sienta con calma, descansando las manos sobre la superficie gastada de la mesa. Tamborilea suavemente los dedos, como quien toca un recuerdo. Aquella mesa había conocido miles de historias: un niño que descubrió que los dragones podían ser vegetarianos, un estudiante luchando contra una fórmula que no se dejaba entender, o alguien que simplemente necesitaba leer para no olvidarse de sí mismo.

Felicia encaja perfectamente con todas las descripciones. Una niña soñadora de dragones conversadores que juegan damas, con una varita hecha de palo de escoba y un universo escondido en su mochila al alcance de su mano. Ahora, aunque más grande, aún lleva la imaginación colgando del hombro como un bolso que jamás se deja en casa.

Del leve trance la saca Elvira, con una caja entre las manos. Una caja prístina de cartón, todavía con marcas de cinta y el susurro pegajoso del adhesivo. Con el cuidado de quien desempaca una reliquia, saca de allí una máquina envuelta en un velo de polvo antiguo que disfraza su verdadera silueta. Con una ligera mueca de guerrera ante invasores, le pasa un trapo viejo por la superficie —uno que seguramente ha limpiado también los lomos de libros caprichosos— y revela su silueta.

Es una máquina de escribir. No moderna, ni vieja. De esas que parecen tener palabras dormidas adentro, esperando ser despertadas por mentes llenas de ideas. Pero su figura no completa del todo la descripción común de su tipo.

Hay algo... distinto. Tal vez es la falta de teclas —esas que suelen alborotarse como tribuna impaciente— o su tamaño, ligeramente más pequeño, como si se hubiese encogido de frío. O tal vez sea la ausencia de ese aroma a tinta, que siempre acompaña a las viejas máquinas como un perfume de otro siglo.

—Voy a ir a buscar unas hojas para que uses —anuncia la señora de los libros, ya dándose vuelta mientras tararea una melodía sin letra.

Felicia asiente apenas. No hace falta que diga nada: su gesto es una palabra entera.

Sus manos, curiosas y contenidas, se acercan a la figura frente a ella como si tocaran algo sagrado. No hay duda, ni búsqueda a tientas. Los dedos se deslizan con naturalidad hacia las teclas —dos orilladas, una en medio y a cada lado de ella, tres y tres. Se detienen un momento ahí, como saludándolas. Después, su viaje continúa hacia el carro, y la palanca de retorno, con la familiaridad de quien ha viajado ese camino muchas veces, incluso con los ojos cerrados.

Felicia sonrío. No necesita ver la máquina para saber que está completa. Pronto regresa Elvira con las hojas, que deposita con cuidado a su derecha, como si dejara flores blancas en un altar discreto.

—Si me necesitas, estaré en la recepción. Si no te escucho, puedes mandar a Bianco que me busque —dice con una risa que tiene más compañía que broma.

—No creo que Bianco se aparte de mi lado... sabes que él no me deja sola.

La señora ríe, ese pequeño temblor amable que parece envolver la biblioteca entera en un mantón de lana fina. Se aleja con un libro bajo el brazo y una taza de té humeante —seguramente manzanilla, su favorita—, rumbo a su trono de portera de historias.

Felicia vuelve a su concentración. Tantea la mesa con delicadeza, como buscando un código secreto, hasta que encuentra la textura: hojas gruesas, resistentes, ligeramente más pesadas que las comunes. Perfectas para lo que está por escribir.

Con la destreza de una costurera que enhebra una aguja bajo el agua, inserta la hoja en el carril y la acomoda. El acto comienza. Sus dedos marcan las teclas con precisión, como quien toca acordes sobre una guitarra muda.

Tac. Tac. Tac.

El ritmo se instala, como un corazón que ya encontró su compás. El “cling” final señala el borde del pensamiento, y la palanca lo devuelve al principio, donde el próximo renglón aguarda su turno de brillar. Las hojas comienzan a llenarse. No de tinta, no con letras comunes. Sino con puntos en formación ordenada, punzantes y mudos para algunos, pero con voz para los dedos entrenados.

Braille.

Un idioma que no se ve, pero que se siente. Bianco, fiel centinela, observa las páginas con una leve sonrisa. Él sabe lo que dicen. Las reconoce. Como si las palabras fueran viejas amigas que se reencuentran con sus huellas.

Del otro lado de la sala, una figurita pequeña aparece. Uniforme escolar, mochila que le cuelga como una casa de caracol. Su andar es algo cansado, pero hay luz en su rostro: una de esas sonrisas que solo se encienden al ver estantes de cuentos.

Escoge uno. Pequeño, de tapas blancas y colores vivos. Se sienta en una mesa que le queda un poco alta —como todas las cosas que aún no ha crecido lo suficiente para alcanzar— y hojea los dibujos: un caballero de armadura brillante, un corcel blanco, y un dragón que parece más simpático que feroz.

Pero entonces escucha el tac-tac. Levanta las orejas con curiosidad, y nuevamente Tac. Tac. Tac. Cling. El sonido lo llama completamente. Como un tambor de historia que quiere ser oído.

Se desliza hasta quedar junto a Felicia. Sus manitas se apoyan en la mesa. Levanta un poco el mentón, curioso como solo un niño puede serlo. Sus ojos viajan de Felicia a la máquina, de la máquina a las hojas, y de las hojas a sus propios dedos. Quiere preguntar. Pero no sabe cómo.

—¿Qué hace, señora? —pregunta el niño con una voz que parece venir desde muy abajo, como si tuviera que trepar hasta el oído de Felicia.

Ella se detuvo con suavidad. El “tac” quedó suspendido en el aire como una nota sin cerrar. Gira un poco la cabeza hacia él, sonriendo.

—Estoy escribiendo un cuento —responde, con esa calma que solo tienen los que han hecho las paces con el silencio.

El niño mira la hoja con los puntos en relieve, luego sus manos que no dudaban, y finalmente volvió a observar a Bianco, sentado con la elegancia de un caballero de novela inglesa.

—¿Y cómo sabe qué está escribiendo si no mira la hoja? —pregunta, arrugando la nariz con genuina e inocente confusión.

Felicia ladea la cabeza, su sonrisa se ensancha apenas.

—Porque no necesito verla. La siento. Mis dedos son los que leen y escriben por mí. La hoja no está vacía, aunque no tenga tinta —dice, tocándola suavemente con la yema de los dedos.

Los ojos del niño se agrandan, como si acabara de descubrir que los libros podían cantar. Pero no fue eso lo que más lo intrigó. Se acerca un poco más, lento, como si estuviera contando un secreto.

—¿Y él? —Señala hacia Bianco— ¿Quién es?

Felicia alzó la ceja, divertida. No necesitaba mirar para saber de quién hablaba el jovencito.

—Ah... él es Bianco. Es mi compañero de aventuras, de trámites, de caminatas largas... y de días como este.

—¿Es tu novio?

—No —ríe ligeramente ante la pregunta—. Es mi bastón.

El niño parpadea. Mira a Bianco, que justo entonces se acomodó el saco, con gesto de distinción. Esto lo marea, y piensa en volver a su lectura de aventuras. Pero la curiosidad se lo impide totalmente.

—¿Su bastón?

—Sí. Aunque lo ves como un señor elegante, ¿verdad?

El niño asiente lentamente, sin quitarle los ojos de encima a Bianco.

—Así lo suelo imaginar yo también, no te asustes —dice Felicia.

Hay un silencio que no es incómodo, sino como una página vacía antes del primer renglón. El niño piensa unos segundos, luego musita:

—Pero... los escritores que yo conozco pueden ver. ¿Se puede ser escritor si no puedes ver?

Felicia lo piensa un momento, aunque ya sabía que esa pregunta llegaría tarde o temprano. Por suerte, la respuesta la sabe desde mucho antes.

—Claro que sí —dice—. Para escribir no se necesita ver. Se necesita imaginar. Y para eso, los ojos a veces sobran.

2° Premio

Lucía Ornella Bravin Trubiano

El pueblo que olvidó cantar

Violeta tenía una sonrisa que guardaba secretos y un bolsillo lleno de palabras. Las palabras no eran para ella simples letras amontonadas, sino pequeñas criaturas con alas que podían bailar, cantar y hasta volar si se las dejaba libres. Pero en el pueblo donde vivía, las palabras estaban enjauladas. Nadie cantaba, nadie contaba cuentos. Las calles eran grises y silenciosas. Los niños jugaban a no hablar, los adultos caminaban con la mirada baja y el viento parecía haber olvidado cómo susurrar.

—¿Por qué ya no cantan, Violeta? —preguntó un día su madre, mientras fregaba los platos.

—Porque alguien apagó la música de las palabras —respondió ella, encogiéndose los hombros.

Cada mañana, antes de ir a la escuela, Violeta visitaba a su amigo Eco, un zorro de pelaje color luna que vivía en su imaginación, pero tan real como el sol que despertaba los árboles. Eco no hablaba como los otros zorros, sino en rimas y adivinanzas.

—Si quieres que el mundo cante otra vez —decía Eco—, primero debes encontrar el Bosque de los Versos Olvidados, donde las palabras libres bailan al viento y nunca se cansan.

Violeta apretó fuerte su puño, donde guardaba un pequeño cuaderno de tapas gastadas. Ese cuaderno era su tesoro, pues allí escribía las palabras que aún se atrevían a escaparse. Pero no todos en el pueblo veían con buenos ojos el amor de Violeta por las palabras. El alcalde, un hombre de bigotes tiesos y mirada dura, había decretado que hablar demasiado era peligroso. Que la música era ruido. Por eso, las escuelas habían cerrado, las bibliotecas y las plazas se habían vaciado de canciones. Las voces se habían hecho susurros y luego, casi nada. Una tarde, Violeta escuchó un rumor. Un susurro que el viento, aunque tímido, logró llevar hasta su ventana:

—“El Bosque de los Versos Olvidados no es sólo un lugar, es un refugio para quienes creen en la magia de la palabra.”

Esa noche, Violeta tomó su cuaderno, se calzó sus botas de lluvia y salió sin hacer ruido. Eco la esperaba en el borde del pueblo, con ojos que brillaban en la penumbra.

—¿Lista para el viaje? —preguntó, con voz de poema.

—Lista —respondió Violeta, con el corazón latiendo fuerte.

Juntos comenzaron a caminar hacia el bosque, hacia un lugar donde la palabra no se olvida ni se pierde. El camino no estaba en ningún mapa. Las calles conocidas terminaban abruptamente en una valla cubierta de hiedra, y más allá solo había un sendero de tierra que parecía avanzar y retroceder al mismo tiempo, como si no quisiera dejarse recorrer.

—En este camino —dijo Eco, caminando con las patas apenas hundidas en el barro— no se avanza con los pies, sino con las palabras que uno lleva dentro.

—¿Y si me quedo sin palabras? —preguntó Violeta.

—Entonces tendrás que inventarlas —sonrió el zorro, y su cola dejó un rastro luminoso sobre el suelo.

A medida que avanzaban, el aire cambiaba. Ya no olía a polvo ni a calles dormidas, sino a pan recién horneado y a flores mojadas. Era como si el camino mismo quisiera contarles un cuento, pero aún no se decidía por cuál. Violeta comenzó a notar cosas extrañas: un árbol que susurraba versos de amor en voz baja, una nube que bajaba tanto que parecía querer escuchar y piedras que se acomodaban solas para formar palabras breves: “sueña”, “busca”, “canta”.

—Este lugar... habla —dijo ella, tocando una hoja que le devolvió una estrofa entera sobre lunas y faroles.

—Claro —respondió Eco—. Aquí las palabras viven fuera de los libros, y no les gusta estar quietas.

Siguieron caminando hasta llegar a un puente colgante. Debajo, un río cantaba. No corría como un río común: avanzaba en compases, como si una orquesta invisible lo guiara. Cada gota parecía tener su propia nota musical. En la mitad del puente, un anciano de barba de musgo y sombrero de nubes los detuvo.

—¿A dónde viajan? —preguntó con voz grave.

—Al Bosque de los Versos Olvidados —contestó Violeta, con la seguridad de quien no piensa volver atrás.

—Ah... —dijo el anciano, acariciándose la barba como si fuera un libro antiguo—. Allí solo entran quienes no tienen miedo de olvidar su propio nombre, si con eso logran recordar una canción.

Violeta sintió un pequeño escalofrío, pero apretó su cuaderno contra el pecho.

—No me importa. No vine aquí para recordar mi nombre. Vine a rescatar las palabras que nos robaron. El anciano sonrió y les dejó pasar.

Más adelante, encontraron un claro donde un gran reloj se alzaba entre las raíces de un roble. Pero no era un reloj cualquiera: no marcaba horas, sino melodías. Cada vez que la aguja larga daba una vuelta, el bosque entero cambiaba de ritmo. En el primer compás, las hojas bailaban como vals. En el segundo, los pájaros cantaban en coro. En el tercero, el viento silbaba como un niño travieso. Violeta se quedó hipnotizada.

—Este bosque esta... vivo.

—Vivo y caprichoso —dijo Eco—. Quiere saber si estás aquí por curiosidad o por amor a las palabras.

Fue entonces cuando escucharon un ruido distinto, como pasos muy pesados rompiendo el ritmo del bosque. Las ramas dejaron de moverse, los pájaros callaron, y el aire se volvió espeso.

—Es el Guardián del Silencio —susurró Eco, bajando las orejas—. Si nos encuentra, nos arrebatará la voz.

Violeta tragó saliva. El Guardián del Silencio era una figura que su abuela le había descrito en sueños: una sombra enorme, vestida con capas de nubes negras, que iba recogiendo palabras para encerrarlas en frascos donde se apagaban lentamente. El bosque entero parecía contener la respiración.

—Si te atrapa, no te quita el cuerpo —explicó Eco—. Te borra las palabras de dentro, y entonces todo lo que eres empieza a desvanecerse.

—No pienso dejar que eso pase —dijo Violeta, apretando su cuaderno—. Ni conmigo, ni con nadie —. Eco sonrió. Por fin, su amiga estaba lista. —Entonces —susurró—, bienvenida a la segunda parte del viaje.

El sendero se fue ensanchando hasta transformarse en un pasillo natural cubierto por un techo de hojas que filtraban la luz en tonos dorados y verdes. El aire allí no solo se respiraba: se saboreaba. Sabía a frutas maduras, a pan tibio, a la promesa de un cuento nuevo.

—Estamos cerca —dijo Eco—. El bosque huele distinto cuando está a punto de recibir a un visitante.

Violeta miró a su alrededor y vio cosas que jamás habría imaginado: mariposas con alas escritas en tinta azul, árboles que dejaban caer hojas en forma de letras y flores que, al abrirse, dejaban escapar susurros de poemas.

Pronto llegaron a una plaza circular en el corazón del bosque. En el centro había un gran libro de piedra abierto, cuyas páginas eran tan altas como una casa. No había letras talladas en él: las palabras flotaban en el aire, moviéndose como cardúmenes de peces brillantes. Violeta extendió la mano y una palabra se posó en su palma: valentía. Sintió que esa palabra tenía peso y calor, como si fuera algo vivo.

—Aquí las palabras tienen cuerpo y alma —explicó Eco—. Pero el Guardián del Silencio quiere atraparlas y encerrarlas en frascos de vidrio, donde se marchitan.

Apenas Eco terminó de hablar, una ráfaga oscura cruzó entre los árboles. El cielo del bosque se cubrió de nubes grises, y las mariposas de tinta se escondieron.

—Él está aquí —dijo el zorro, bajando la voz—. Y si quiere, puede borrarlos antes de que pronuncies una sola sílaba.

De pronto, entre las sombras, apareció el Guardián del Silencio. Era más alto que los árboles, su cuerpo parecía hecho de humo y su rostro estaba cubierto por una máscara sin boca. En sus manos llevaba una red hecha de hilos de sombra, y colgando de su cinturón, decenas de frascos llenos de palabras apagadas. Su voz no era un sonido, sino un vacío que dolía en los oídos.

—Niña —dijo, y aunque no lo gritó, las letras de esa palabra cayeron como piedras al suelo—. Vienes a un lugar que no te pertenece. Las palabras libres no son para cualquiera.

Violeta dio un paso adelante, aunque le temblaban las piernas.

—Las palabras son de todos —respondió—. Nadie tiene derecho a encerrarlas.

El Guardián rio sin ruido. Fue peor que cualquier carcajada. Las ramas crujieron, las flores se cerraron y el gran libro de piedra empezó a desmoronarse.

—¿Y qué harás para impedirlo? —preguntó

Violeta abrió su cuaderno. Sus hojas estaban llenas de versos, juegos de palabras, adivinanzas y canciones que había inventado desde que tenía

memoria. Cada palabra parecía ahora brillar con luz propia. Eco se adelantó y le susurró:

—Usa tus palabras. Pero no como armas... como semillas.

Violeta respiró hondo y comenzó a leer en voz alta. Primero un poema sobre un gato que pescaba estrellas, luego una canción que hablaba de un árbol que podía contar chistes, y finalmente, una adivinanza que hizo que las mariposas regresaran. Con cada palabra pronunciada, el humo del Guardián se agitaba y se deshacía en remolinos. Sus frascos empezaron a temblar hasta romperse, liberando las palabras cautivas que salieron volando como pájaros.

—No... —susurró él, retrocediendo—. El silencio... es... Pero ya no pudo terminar. Con un último estallido de luz y sonido, se desvaneció en la nada.

El bosque volvió a respirar. El gran libro de piedra se cerró con un suave golpe. Eco sonrió.

—Lo hiciste.

Violeta no contestó. Estaba mirando cómo las palabras recién liberadas se dispersaban, algunas hacia el cielo, otras enterrándose en la tierra, como semillas invisibles.

—¿A dónde van? —preguntó.

—A buscar a quienes las necesiten —dijo Eco—. Algunos las encontrarán en una canción, otros en una carta, y otros en una historia contada antes de dormir.

Violeta cerró su cuaderno y lo guardó en el bolsillo. Ya no estaba tan preocupada por perder palabras. Ahora sabía que, mientras alguien quisiera decirlas, siempre volverían. Violeta y Eco emprendieron el camino de vuelta. El bosque los despedía con un murmullo suave, como si cada hoja quisiera susurrarles un “gracias”. Las mariposas de tinta volaban a su alrededor, acompañándolos hasta el borde del sendero.

—¿Crees que el pueblo nos escuchará? —preguntó Violeta, con su cuaderno apretado contra el pecho.

—No todos al principio —respondió Eco—. Pero las palabras saben esperar.

Cuando atravesaron la valla cubierta de hiedra, la noche aún envolvía las calles. Todo parecía igual: fachadas grises, ventanas cerradas, silencio espeso. Sin embargo, algo invisible las recorría: un eco nuevo, un pulso escondido.

Violeta comenzó a caminar por la calle principal, dejando que las palabras que había guardado en su viaje escaparan suavemente de su boca. Primero un verso sencillo, después un par de rimas juguetonas. Desde una ventana, una niña asomó la cabeza y sonrió. Un anciano que barría la acera detuvo su escoba para escuchar.

Al amanecer, el cambio ya era imposible de ignorar. Un grupo de niños jugaba cantando una ronda inventada. Una mujer tarareaba mientras abría su tienda. El viento, que llevaba años callado, recuperó su costumbre de silbar entre las tejas. El alcalde, desconcertado, intentó imponer de nuevo su ley del silencio, pero las palabras se le escapaban de los labios como burbujas rebeldes. Y cuanto más intentaba callar, más risas y canciones surgían a su alrededor.

En pocos días, el pueblo entero se llenó de música. Las plazas se transformaron en escenarios improvisados, las bibliotecas volvieron a abrir sus puertas, y hasta las paredes comenzaron a cubrirse de versos pintados. Violeta comprendió entonces algo que Eco le había insinuado en el bosque: las palabras no son solo un adorno o un entretenimiento. Son un derecho. Un refugio. Un hogar que cada uno lleva dentro, y que se fortalece al compartirlo.

3° Premio
Lisandro Misael Ríos

El sapo que quería cantar en el Teatro Colón

En la ciudad donde las cigarras cantaban en los semáforos y los gatos bailaban tangos en las terrazas, vivía un sapo con alma de artista. No tenía nombre famoso ni apellido elegante; algunos lo llamaban “Sapino”, otros simplemente pasaban de largo. Pero a él no le importaba. Lo único que quería en este mundo era cantar.

Cada noche, cuando la ciudad bajaba el volumen y las luces de los teatros se encendían, él afinaba su garganta en el borde de una maceta y cantaba para las estrellas, para los autos que pasaban sin frenar, para los humanos que no sabían escuchar y para los pocos pájaros que aún quedaban despiertos.

Pero su verdadero sueño no vivía en una maceta ni en una esquina. Su sueño tenía butacas rojas, techos dorados y un escenario más grande que cualquier charco conocido: el Teatro Colón.

—Un día voy a cantar ahí —decía, mientras las palomas se reían y los ratones rodaban los ojos.

—¿Un sapo en el Colón? ¡No seas ridículo! —le gritó una ardilla con moño.

—¡Ese lugar es para tenores de traje y aves con garganta de cristal! —dijo un cuervo que había sido corista.

Pero el sapo no se rendía. Mientras todos hablaban, él seguía cantando. Porque él sabía que la música no tiene especie, ni clase, ni color. Solo corazón.

Una tarde de otoño, mientras cantaba una melodía inventada sobre hojas caídas y trenes que nunca esperan, un zorzal vestido con saco y corbata lo escuchó desde una farola.

—¿Vos fuiste el que cantó recién esa cosa... cómo decirlo... melancólica? —le preguntó bajando sus anteojos redondos.

El sapo asintió con su mejor sonrisa.

—Mmm... no sos desafinado, aunque usas tonos... poco convencionales. ¿Nunca pensaste en audicionar para el “Colón Abierto”? Este año aceptan propuestas nuevas. Hasta dejaron entrar a un erizo que toca el bandoneón con espinas.

El sapo se quedó quieto, el corazón le retumbaba en el pecho como si fuese un tambor en plena murga. Esa era su oportunidad y no esperó más.

Al día siguiente, apareció frente a la imponente puerta del teatro. Había animales de todo tipo esperando su turno. Canarios que vocalizaban en cinco octavas, pumas de pelaje brillante que hacían teatro mudo, hasta un hipopótamo vestido para la ópera.

Cuando le tocó pasar, el sapo subió al escenario improvisado con las patas temblando. Detrás de una larga mesa de terciopelo, lo observaban tres miembros del jurado: un búho con pajarita, una señora humana con cara de pocos amigos, y una cigarra que no dejaba de mirar el reloj.

—Nombre artístico —pidió la cigarra.

—Eh... Sapino.

—¿Eso es un nombre? —resopló el búho.

Sapino respiró hondo, cerró los ojos y empezó a cantar. No era una canción con letra compleja ni estructura perfecta. Era una melodía suave, que hablaba sin palabras. De lluvia, de charcos, de lo invisible. Una canción que parecía hecha de aire y coraje.

Cuando terminó, hubo silencio, un silencio incómodo.

—¿Eso fue todo? —dijo la señora, levantando apenas una ceja.

—Se agradece la intención, pero esto es el Teatro Colón, no una fiesta en la plaza —agregó el búho.

—Siguiente —marcó la cigarra, sin mirarlo.

El sapo bajó del escenario sin decir nada. Nadie aplaudió, solo el zorzal, desde un rincón, le hizo una leve reverencia con la cabeza.

Esa noche no cantó, ni en su maceta, ni para las estrellas. Y por primera vez, pensó que tal vez... tal vez los otros tenían razón.

Pasaron los días. La ciudad seguía su ritmo: bocinas, pasos, luces que se apagaban con desgano. Sapino había guardado su voz en el rincón más hondo del pecho, como quien guarda una carta sin enviar. Ya no cantaba. Ni siquiera silbaba.

Pero una mañana gris, algo cambió.

—¡Urgente! ¡Se necesita un reemplazo para el acto de apertura del Teatro Colón! —gritó un loro con megáfono desde una bicicleta.

La noticia corrió como viento entre ramas: el gran tenor Gato Tenorsetti había amanecido con fiebre y sin voz. El evento no podía cancelarse, pero no había quien lo reemplazara a tiempo. Todo el mundo hablaba de la terrible noticia.

Fue entonces cuando el zorzal del saco elegante se acercó al director del evento —un flamenco muy nervioso— y le susurró:

—Yo conozco a alguien.

A las cuatro de la tarde, un sapo verde con ojos enormes y corazón galopante estaba en la entrada del Teatro Colón, nadie lo saludó, nadie le deseó suerte, apenas le tiraron un traje diminuto y lo empujaron al escenario.

Cuando se encendieron las luces, un murmullo cruzó la sala.

—¿Un sapo?

—¿Esto es una broma?

—¿Dónde está el verdadero artista?

Pero el sapo no se dejó vencer. Cerró los ojos, respiró profundo y cantó.

Cantó como si no existiera el juicio. Como si no importaran los márgenes, ni los apellidos, ni las gargantas doradas. Cantó como canta quien ha sido ignorado muchas veces, pero nunca dejó de creer. Cantó con todo lo que tenía.

La melodía, aunque simple, cruzó el teatro como un susurro con alas. Y algo extraño sucedió. La gente dejó de hablar. Un chico humano, en la fila tres, se emocionó, una anciana con bastón apretó los ojos, un perro guía levantó las orejas. Y cuando el sapo terminó, no hubo silencio: hubo aplausos.

Aplausos de verdad.

El jurado, ese mismo que lo había rechazado, no supo qué decir. El director lloraba. Y el zorzal, desde un palco, sonreía como si hubiese ganado una apuesta que nadie quiso hacer.

Desde entonces, el sapo volvió a su maceta. Pero no era el mismo. Ya no cantaba solo para las estrellas, sino para quienes alguna vez sintieron que su voz no importaba.

Y aunque nunca más volvió al Colón, su historia quedó flotando entre las notas de cada artista que se anima a cantar a pesar de las burlas. Porque al final, el sapo no solo cantó en el teatro más importante del país...

Cantó desde el corazón y su melodía quedó en el alma de todos.

**Categoría “C”
de 13 a 16 años**

1° Premio
Ana Josefina Nodaro

La línea 0: el colectivo que no iba a ningún lado

Tomás no sabía exactamente cuándo los jueves empezaron a pesar tanto. Quizás fue desde que su papá se fue a vivir a otra ciudad con su nueva pareja. O desde que en la escuela los profesores hablaban como si nadie escuchara, y él tampoco tenía ganas de contestar. O tal vez desde que su mejor amigo, Lucho, cambió de banco y no volvió a mirarlo.

Los jueves eran así: largos, grises, medio secos por dentro. Parecía que ni la leche chocolatada tenía ganas de ser dulce esos días.

Era jueves otra vez. Llovía apenas, como si el cielo estuviera triste, pero sin ánimo de llorar fuerte. Tomás apoyó la frente en la ventana del aula, intentando no pensar en nada. Fue entonces cuando vio pasar un colectivo que no había visto nunca.

Era distinto. Tenía bordes dorados, un dibujo de luna en el techo, y el cartel electrónico mostraba algo que no parecía real:

“Línea 0 —Destino: Ningún lado (y todos los demás)”

—¿Vieron eso? —preguntó en voz baja.

Nadie le contestó. Sus compañeros estaban ocupados mirando sus celulares o rayando la carpeta.

El colectivo giró la esquina y desapareció.

El jueves siguiente, Tomás volvió a ver el colectivo. Esta vez estaba estacionado frente al quiosco, como si lo estuviera esperando.

Lo miró. Miró la escuela. Miró su cuaderno con la hoja en blanco.

Se levantó sin decir nada, agarró la mochila, pidió permiso para ir al baño... y cruzó la calle.

La puerta del colectivo se abrió con un sonido suave. El chofer era un hombre de pelo blanco y ojos muy oscuros, como pozos tranquilos.

—¿Destino? —preguntó con una voz que parecía haber cruzado mil estaciones.

—No sé. Donde sea. Donde no esté —respondió Tomás, casi sin pensar.

—Buen lugar —respondió el chofer, y le hizo un gesto para que subiera.

El interior del colectivo era cálido, con asientos de colores, ventanillas limpias y cortinas que se movían con el viento, aunque todas estuvieran cerradas. No olía a colectivo. Olía a pan recién hecho, a libro viejo, a algo que daba ganas de quedarse.

Había pocas personas a bordo: una señora mayor que tejía sin lana, un hombre que escribía con una pluma invisible, una chica con auriculares escuchando algo que la hacía sonreír.

Tomás eligió el último asiento junto a la ventana. Se quedó quieto, esperando que algo pasara. Y algo pasó: el colectivo empezó a andar. Al principio lento, como si necesitara recordar el camino. Luego con seguridad, como si ya supiera exactamente a dónde iba.

Por la ventanilla pasaban cosas que no coincidían con su ciudad. Plazas donde los árboles tenían relojes en vez de hojas. Faroles que leían libros. Ventanas que guiñaban un ojo cuando las mirabas. Todo parecía salido de un sueño —o de muchos.

El colectivo frenó en una parada sin nombre. Subió un chico de su edad, con un gorro de lana y cara de no haber dormido en días. Se sentó a su lado sin saludar.

—¿También te escapaste? —preguntó el chico sin mirarlo.

—No sé —respondió Tomás—. Solo me subí.

—Yo me fui para dejar de escuchar. En casa gritan todo el tiempo. Nadie escucha a nadie.

Tomás no supo qué decir. Después de un rato, murmuró:

—En mi casa... es como si no existiera. Todos están, pero no están. Mi papá se fue. Y mi mamá no tiene tiempo ni para mirarme.

El chico sacó del bolsillo un papel doblado. Era un mapa.

—Es el mapa del viaje. Pero solo muestra lo que tenés adentro —dijo.

Tomás lo abrió. En el papel había un bosque seco, con árboles sin hojas, y un cielo color ceniza.

—Está vacío —dijo.

—No —respondió el otro—. Está lleno de lo que no decís.

De pronto, el colectivo se detuvo. Las luces parpadearon. Las ventanas se opacaron como si alguien las hubiera empañado con tristeza.

El chofer se levantó lentamente.

—El viaje no puede continuar. Alguien lleva una carga muy pesada. No podemos avanzar hasta que se aliviane.

Todos los pasajeros miraron hacia atrás. Hacia Tomás.

Él sintió una presión en el pecho. Como si se le hubieran amontonado años enteros en el corazón.

—Yo... yo creo que es mío —murmuró.

El chofer asintió.

—Entonces hablá. Hacerlo visible.

Tomás cerró los ojos. Y empezó a hablar.

—Estoy triste —dijo—. Estoy enojado. Me duele que papá se haya ido sin explicarme nada. Me duele que mamá esté, pero no esté. Me duele que Lucho ya no me mire, que no me pregunten cómo estoy, que nadie sepa que no quiero seguir fingiendo que todo está bien.

Mientras hablaba, las ventanas empezaron a aclararse. Una luz suave entró por los vidrios. El colectivo vibró con un sonido parecido a un suspiro.

El chofer sonrió.

—Gracias. Ahora podemos seguir.

El papel en la mano de Tomás ya no mostraba un bosque seco. Había brotes verdes, un sendero y un sol pequeño asomando en el horizonte.

El resto del viaje fue distinto. El paisaje parecía más claro, más lento, más atento. Tomás se dio cuenta de que no era el único que había subido con una mochila invisible.

Al cabo de un tiempo —que no podía medir—, tocó el timbre.

El chofer lo miró con ternura.

—¿Ya sabés a dónde vas?

—No del todo. Pero creo que ya sé desde dónde quiero empezar.

Cuando bajó, estaba cerca de su casa. El cielo seguía nublado, pero con partes azules. El aire olía a algo parecido a esperanza.

Entró. Su mamá estaba en la cocina.

—¿Cómo estuvo la escuela? —preguntó sin mirar.

Tomás dejó la mochila en el suelo. Se sentó frente a ella.

—No me quede en la escuela —dijo con calma—. Pero aprendí algo igual.

Ella levantó la vista, sorprendida.

Y lo escuchó. Por primera vez en mucho tiempo, lo escuchó de verdad.

Desde ese día, todos los jueves al mediodía, Tomás mira por la ventana. No espera volver a ver el colectivo. Sabe que no aparece dos veces en el mismo lugar.

Pero sueña con que alguien más lo encuentre. Porque a veces, para encontrar el camino, primero hay que atreverse a detenerse. Y en ese detenerse, a veces aparece una línea que va justo a donde necesitás: a vos mismo.

2° Premio
Isabella Bravin Trubiano

El silencio del caracol y la asamblea del jardín

En un rincón escondido del mundo, entre los adoquines gastados de una ciudad que jamás dormía, existía un jardín secreto. No era un jardín de catálogo, ni de parque con cartel y fuentes; era un jardín rebelde, de esos que crecen donde nadie los llama, donde la naturaleza se las arregla para florecer a pesar del cemento, del humo y del olvido.

Allí, entre malvones testarudos, margaritas filosóficas y helechos que parecían tener memoria, vivía un caracol llamado Silvestre.

Era lento, como todos los caracoles, pero también era sabio, lo cual ya no era tan común.

Silvestre no decía una sola palabra. Jamás. Desde que se tuvo memoria de su presencia, su única actividad era deslizarse suavemente al amanecer hasta la hoja más ancha del limonero y quedarse allí, como una estatua viva, mirando el mundo sin intervenir.

Pero que nadie se engañe: Silvestre lo observaba todo. Escuchaba. Sentía. Recordaba.

Y eso, precisamente eso, era lo que más incomodaba a los demás.

Porque en ese jardín, todo hablaba. Y no solo hablaba: se quejaba, gritaba, protestaba, componía óperas vegetales, debatía sobre la existencia del rocío e incluso se hacían elecciones para designar al insecto del mes.

El grillo director, por ejemplo, no dormía. Afinaba su batuta de rocío a cada instante, dirigiendo ensayos con los sapos tenores y los mosquitos sopranos.

Las margaritas, agrupadas en un círculo eterno, discutían de política floral. Habían fundado el Movimiento Pétalo Unido y soñaban con cambiar el mundo desde sus macetas de barro.

Las hormigas, fieles a su estilo, estaban siempre en huelga o en reunión. Llevaban pancartas diminutas que decían: "¡Basta de cargar migas sin convenio!" o "¡Queremos siesta sin descuento de polen!"

Y en medio de todo eso, Silvestre... callaba.

Su silencio era tan espeso como el perfume de la lavanda en verano. Y como todo lo que no se entiende, empezó a generar sospechas.

—¿Qué trama? —murmuró una rosa con espinas filosas y voz de soprano dramática— ¿Por qué no participa?— El silencio es peligroso —opinó la Abeja Consejera—. ¿Y si está espiando para los humanos? ¡Ya han destruido otros jardines como este!

—¡Seguro es un infiltrado! —chilló el Tomate Ojeroso, que maduraba con ansiedad.

Así, en medio de teorías locas y paranoia vegetal, se convocó una asamblea extraordinaria.

Fue un evento de magnitud. Llegaron todos. Las Luciérnagas del Sur, las Mariposas Desmemoriadas del Este, los Bichos Bolita del Techo, los Hongos Solitarios de la Sombra, y hasta el Colibrí Cronista, que registraba todo con pluma invisible.

La reunión fue presidida por la mismísima Doctora Araña, tejedora de verdades, y abrió el acto el viejo Espantapájaros que, aunque nadie lo escuchaba desde hacía años, seguía de pie por costumbre.

—Compañeros, criaturas, plantas y otros seres... —dijo la Doctora con voz entrecortada—. Hoy venimos a resolver el enigma del caracol Silvestre. ¿Qué hacemos con su silencio?

Hubo aplausos, bufidos, croares, aleteos. Las margaritas presentaron un PowerPoint hecho con pétalos.

El grillo propuso obligarlo a dar discursos semanales. El tomate, que estaba especialmente dramático, pidió que lo exiliaran al cantero de la vereda. Las hormigas querían hacerle una auditoría.

Silvestre, como era de esperarse, no dijo ni una palabra.

Pero entonces, entre la multitud, una voz grave y dormida interrumpió el alboroto.

—Yo creo que su silencio... no es sospechoso —dijo el viejo Espantapájaros, con voz de trapo olvidado—. Es un silencio que escucha.

El jardín entero se quedó helado. Las mariposas aletearon en cámara lenta. El viento dejó de soplar por un instante.

—¿Escuchar? —preguntó una dalia joven—. ¿Y eso para qué sirve?

El Espantapájaros miró al horizonte, donde el sol empezaba a esconderse.

—Para no olvidar lo que otros dicen. Para ver lo invisible. Para sentir el dolor de las lombrices, el cansancio del agua, el rugido de la tierra cuando nadie la pisa con cariño.

Al día siguiente, Silvestre ya no estaba.

La hoja del limonero amaneció vacía.

Entró el pánico.

Las margaritas culparon a las arañas. Las arañas a los grillos. Los grillos a los gorriones. Se desató una guerra de susurros, de hojas desgarradas, de enredaderas enfurecidas. El jardín, que siempre hablaba mucho, empezó a hablar demasiado.

Hasta que una mañana, la hoja más ancha del limonero apareció cubierta de palabras. No eran letras. Eran surcos brillantes, espirales de baba caracol formando versos que solo podían leerse con el corazón.

“Todo lo que callé, lo escuché.

Todo lo que vi, me habló sin sonido.

Ustedes gritan y zumban y marchan,

pero nadie escucha al pasto cuando cruje de sed.

Nadie ve el temblor del rocío.

Nadie nota la tristeza de una hoja que cae antes de tiempo.

Me voy donde no se dude del silencio.”

Silvestre, el Caracol.

El jardín quedó mudo. Mudo de verdad.

Y por primera vez en mucho tiempo, el grillo no cantó. Las margaritas cerraron sus pétalos en señal de duelo. Las hormigas dejaron de marchar. El Tomate maduró sin drama.

Pasaron los días. Y poco a poco, sin que nadie lo dijera en voz alta, empezó a surgir algo nuevo.

La Luciérnaga menor dejó de brillar solo para las selfies y empezó a iluminar a las plantas olvidadas.

Las rosas aprendieron a hacer silencio antes de opinar.

Las abejas visitaban flores sin preguntar su nombre.

El Espantapájaros fue invitado a dar charlas sobre memoria vegetal.

Y cada tanto, cuando el viento sopla en espiral y las hojas giran como trompos locos, alguien murmura:

—Ahí va Silvestre...

Y todos callan, por un instante. No por miedo. No por vergüenza.

Callan para escuchar.

Y en ese silencio, algo florece.

Desde entonces, se dice que Silvestre vive en todos los jardines donde las palabras no alcanzan. Que cada vez que una hoja escribe su historia sin tinta, cada vez que una raíz susurra secretos al suelo, cada vez que una criatura pequeña se detiene a sentir el temblor de la tierra, Silvestre está ahí, escuchando.

Porque en el jardín de las palabras, el silencio se volvió arte.

3° Premio
Simón Marín Sendra

El escuadrón de María Elena Walsh

Paf... resonó por toda la casa. Bauti quería comprarse unas zapatillas campus y sus papás le dijeron que no; entonces entró a su habitación sacado y se tiró en su cama.

—Eeeeeeeeeee loco ¿Qué te pasa? ¿No me viste? ¿Te creés que porque soy de peluche te me podés tirar encima?

Bauti se quedó con la boca abierta, sin poder creer lo que acababa de escuchar. Su peluche le hablaba.

—Per... perdón Mono Liso —atinó Bauti a decir impulsivamente.

—¡Qué perdón ni nada! Te he acompañado en todas y me hacés esto ¡Es el colmo! ¿Te acordás cuando te caíste del tobogán en salita de cinco y quedaste hecho bolsa? Y después te limpiaste los mocos conmigo... menos mal que tu mamá me metió al lavarropa, quedé medio mareado, pero limpito —dijo Mono Liso de golpe.

—¿Desde cuándo hablás vos? —Bauti seguía sin entender.

—Desde siempre, pero tenía prohibido hacerlo con humanos. Sin embargo, hoy fue demasiado. Vos preocupado por unas zapatillitas de marca, mientras que en el mundo pasan cosas más graves ¿o no? —dijo Mono Liso mirando a la naranja que tenía pegada en el hombro.

—Claro, nene. Nosotros luchando con bots por todos lados —completó la Naranja paseandera.

—Perdón Mono Liso y no sé tu nombre —dijo Bauti, otra vez mirando a la naranja.

—Podés decirme Naranja nomás, estoy acostumbrada.

—Otra vez pedís perdón, nene. No sabés hacer otra cosa ¡Ya tenés 14 años! —agregó Mono Liso enojado.

—Perdón... bueno.... ¿Qué querés que diga? No hablo con peluches todos los días. ¿Cuál es el problema tan grave? ¿De qué bots hablan ustedes?

—Hay algoritmos que están destruyendo las canciones infantiles, quieren exterminar así la imaginación de los niños —dijo muy seria la naranja.

—Sí, estos bots utilizan una IA muy desarrollada, me dijo mi amigo el perro salchicha —agregó Mono Liso.

—¿Y qué quieren que haga yo? —preguntó Bauti.

Mono liso le explicó detalladamente a su dueño que ellos pertenecían al escuadrón protector de María Elena Walsh. Se juntaban todas las tardes en la plaza a tomar el té junto con la manteca y la tetera que los recibían con todo listo para la investigación. Le reveló que tenían diferentes roles: él se encargaba de la organización del equipo, Naranja era la hacker, Perro salchicha el detective, Manuelita los ayudaba a mantenerlos informados sobre los chismes del mundo, la vaca estudiosa espiaba a los niños en la escuela y la Reina Batata como siempre abatada.

Habían descubierto que los algoritmos cambiaban las letras de las canciones, los títulos y hasta los personajes. La vaca estudiosa les había dicho muy sorprendida y triste que los chicos en la escuela, cuando la seño ponía música en las aplicaciones cantaban canciones sin creatividad. En la plaza también se oían canciones cambiadas. Todo estaba siendo alterado rápidamente.

—Nosotros sabemos que vos sos un crack en programación. Necesitamos parar esto urgente —le suplicó Mono Liso a Bauti.

—Me gustaría ayudarlos, pero yo no soy tan crack como ustedes piensan. Me gusta la compu, pero hasta ahí...no sé... perdón —respondió Bauti avergonzado.

—¡Otra vez pedís perdón loco! ¡Ponete las pilas! Te necesitamos. Esto no se resuelve apretando teclas. Yo descubrí que no hay otra forma que meternos al mundo digital, y por lo que sé hay una sola manera, el portal del Reino del revés —explicó la Naranja entusiasmada.

—¡Ustedes sí que están locos! —dijo Bauti riendo.

—¡Claro, así te quiero ver amigo, con una sonrisa! Por supuesto que estamos medio locos, es clave para ser de la banda de María Elena Walsh y con esa sonrisa ya estás contratado —dijo Mono Liso contento de encontrar en la mirada de Bauti al niño que había acompañado tantos años.

La Naranja les reveló que el portal del Reino del revés para entrar al mundo paralelo y exterminar el algoritmo, debía estar en un objeto antiguo. Algo que este siendo manipulado por estos bots. Algo donde estén todas las canciones juntas. Junto a Manuelita y el Perro Salchicha habían estado pensando mucho pero no encontraban ese objeto.

—¡Ya sé! ¡Lo tengo! —dijo Bauti contento—. En el garaje está el radiograbador con todos los cassettes. Uno de ellos es de María Elena Walsh y se llama el Reino del revés, ese debe tener el código que nos permitirá entrar al mundo.

Los tres fueron corriendo a buscarlo, mientras Mono Liso enviaba un mensaje al escuadrón diciendo que debían estar todos en el garaje de Bauti urgente. Comenzaron a revisar las estanterías del padre de Bauti donde guardaba las herramientas viejas. Encontraron mangueras, aspiradoras, palas... hasta que llegaron al radiograbador y abajo estaba la caja con todos los cassettes. Aplausos y alegría de haberlo encontrado. Bauti les contó que, hasta hace poco, él nunca había escuchado música con esos objetos, pero siempre le daba curiosidad y le preguntó a su mamá cómo funcionaban. Fue así que ahora sabía cómo colocar los cassettes en el lugar correcto del radiograbador.

Ya estaban todos, con sus gorros y sus vestimentas coloridas, Bauti apretó play y comenzó la música. Una voz dijo que si querían el código y la llave del mundo, debían bailar como lo hacen quienes habitan en el Reino del revés.

—Perfecto —dijo Manuelita—. Debemos bailar con todo nuestro cuerpo menos con los pies.

Fue muy divertido para Bauti comenzar a bailar con sus manos, su cabeza y ver a sus peluches reírse también mientras bailaban. Apareció entre luces un código de barras, al tocarlo iban siendo absorbidos por el radiograbador. Se encontraron en una sala de luces de colores con una mesa en el centro y miles de objetos flotando por el aire: varios trenes, algunos gatos, unas ratitas, hojas, muchas brujas, peces, una luna, una rana, un tranvía, flores, nubes de colores, un sol gigante y miles, miles de cosas disparatadas.

Al acercarse a la mesa encontraron el algoritmo que estaba haciendo desaparecer todos estos objetos, era una fórmula larguísima escrita sobre la mesa que titilaba en blanco y negro.

—¡Esto es un código binario! —dijo Bauti asombrado.

— ¡Ah mirá vos! —le dijo Mono Liso—. Hablame en español, porfis ¿Qué es eso de binario?

—Es una combinación de ceros y unos. Este sistema es la base del funcionamiento de las computadoras y otros dispositivos digitales, ya que les

permite almacenar, procesar y transmitir información, y hoy está adentro de este radiograbador, es inusual —dijo Bauti mirando fijamente la mesa.

—Menos mal que no sabías nada —volvió a decir Mono Liso—. Ahora decinos cómo lo rompemos.

—Creo que lo más simple puede ser buscar otro número que altere el código —respondió Bauti, pensativo.

—¿Otro número? ¿Dónde? ¡Acá hay de todo menos números! —gritó Manuelita.

—Bueno, busquemos...debe haber algo que se parezca a un número —dijo Mono Liso.

—Allá veo al “Cisne que ladra”. Atrápenlo ¡Podemos hacerlo pasar por un dos! —ordenó la Naranja paseandera.

La sala se convirtió en una calesita, todos dando vueltas buscando al Cisne hasta que finalmente lo atraparon, lo peinaron, le pusieron unos pantalones negros que encontraron y le explicaron que debía pedir permiso entre los otros números y colocarse entre ellos.

—Esto es muy loco, no sé si va a funcionar —comentó el Perro Salchicha mientras se rascaba con una pata el hocico.

—Por supuesto que funcionará —confirmó Mono Liso con seguridad.

El Cisne comenzó a caminar despacio sobre la mesa, se puso al final y empujando los últimos ceros y unos de la fila se colocó entre ellos. Los números titilaban cada vez más fuerte e iban desapareciendo uno a uno. Los objetos y animales iban tomado su puesto y las canciones de María Elena Walsh sonaban como siempre: alegres y divertidas.

—¡Lo logramos! ¡Lo logramos! —gritó Mono Liso.

Todos reían y saltaban. El código de barras apareció nuevamente y todos pasaron cantando y bailando al garaje de Bauti.

El escuadrón de María Elena Walsh sigue activo hasta nuestros días. Si alguien lo necesita puede llamarlo. Pero atención, debe saber bailar con todo menos con los pies.

**Categoría “D”
de 9 a 12 años**

1° Premio
Sofía Bilyk

El secreto del uviciclo rodante

Mi casa, o más bien dicho, la casa de mis abuelos, es de adobe y hermosa. Está por allí, lejitos... en la orillita de Rivadavia, al este de Mendoza. Yo digo que es como un caracol gigante de barro que se tragó el sol.

Por las mañanas, cuando mis abuelos ya andan por los cuarteles, entre las aceitunas o desorillando entre los espalderos, con sus manos viejitas y sabias que parecen árboles de olivo seco con raíces al cielo, yo me despierto, y el aire ya huele a tierra y uva madura. Es un perfume uvidulce, una palabra que inventé porque a veces las palabras que existen no alcanzan para todo lo que uno siente, ¿verdad?

Aquí no hay ruidos de colectivos ni de bocinas. Solo el silba-hojas del viento en los álamos de la alameda, y entre ellos, el burbujeo del agua en la hijuela. Ah, la hijuela... Ese riachuelito juguetón que trae el agua bendita desde el pozo ruidoso, que escupe y escupe agua cada vez que mi abuelo lo enciende cuando aprieta el botón. Mi abuela dice que el agua de la hijuela es como una venita azul que nos regala vida. Yo creo que es como un espejito, de superficie mágica y, a veces, algo embustera, donde los sapos cantan y los escarabajos bolita, que aquí les decimos “katanguitas”, hacen sus barro-esferas.

Y hablando de katangas, les presento a Rodolfo Rodapelusa. Rodolfo vivía debajo de una piedra, justo donde la hijuela hace una curva y la sombra es siempre fresquita. La vida de Rodolfo era, digamos, redonda y predecible. Cada día, desde que salía el sol, ese sol de ovillo-naranja, Rodolfo se dedicaba a rodar pelotitas. Pelotitas de tierra, de barro y de... bueno, de lo que encontraba. Él era el campeón del rodar, el rodador más admirable de toda la hijuela. Pero, ¿saben una cosa? Rodolfo estaba aburrido como un caracol sin caparazón.

Un atardecer, mientras el sol se ponía violeta-almíbar sobre los médanos, de entre la vid y la oliva, Rodolfo Rodapelusa vio algo que le hizo un clic en su cabeza-bolita. Vio a mis abuelos contemplando los racimos de uva, gordos y brillantes, tan succulentos que parecían dulces lagrimitas de sol. Y una idea gigantona y brillante le creció en el corazón. ¡Él no quería rodar más bolitas mugrientas! ¡De repente, racimos de uvas quería rodar a montón!

—Ya no quiero rodar más bolitas de barro y caquita —dijo—; de esferas de uviciclo yo voy a hacer mis pelotitas.

El problema era que un racimo de uvas es mucho más grande que Rodolfo; necesitaba ayuda. Y, como en el campo los animales son nuestros vecinos, Rodolfo pensó: "¡A pedir ayuda se ha dicho, aunque sea un pedido-locura!".

Primero fue a hablar con los zorros del monte. Eran dos, ambos de cola plumero-marrón y ojos astuto-brillantes. Se llamaban Zorro Colitas y Zorra Orejitas.

—¡Ayuda, vecinos de cola esponjosa! —dijo Rodolfo con su vocecita rasposa-rodera—. Quiero rodar uvas, ¡un uviciclo entero quiero rodar!

Zorro Colitas se rio con una risa carrasposa y zorruna.

—¿Uvas, dices? ¡Qué uvilocura! Nosotros podríamos ayudar... a comértelas.

Zorra Orejitas lo miró con picardía.

—Sí, sí. Nosotros somos expertos en recoger-sabores. ¿Qué tal si te "ayudamos" a que las uvas lleguen a nuestra pancita?

Rodolfo se dio cuenta de que los zorros eran más pillos que compañeros. "¡No, no, mis uvas rodantes no son para panzas zorreras!". Y se fue, rodando tristemente.

Luego pensó en las aves de la alameda. Ellas eran tan ligeras, tan danza-cielos y amenas. Buscó a la calandria más cantarina, la señora Pío-Lira.

—Señora Pío-Lira, usted que vuela tan alto y ve la vid y los álamos desde arriba, ¿a levantar un racimo de uvitas me ayudaría?

La calandria, que estaba ocupada cantando una melodía, lo miró con sus ojos perla-negra y dijo:

—Mi querido Rodolfo, nosotros podemos llevar hilitos, pelusas, hasta unas semillas y pequeñas ramitas, pero un racimo de uvas es mucho peso para nuestras patitas finitas. Nuestras alas son de aire y verso, no de cargar-frutería.

Rodolfo suspiró, y ese suspiro fue tan grande que el polvo levantó. Parecía que su sueño de uviciclo rodante era más difícil de lo que pensó.

Desanimado, Rodolfo se acercó a un cardo viejo que vivía donde el cuartel de oliva terminaba, allí donde el agüita de la hijuela ya no llegaba. Se fue entonces rodando hasta la orilla de la picada al lado del alambrado, donde aquel cardo dorado moraba. Era un cardo muy sabio, con espinas de color amarillo-

pensamiento. Se decía que este cardo había escuchado tantos secretos de la tierra y el viento, que a veces hasta en versos hablaba.

—¡Oh, Cardo Amarillo-Pensador! —dijo Rodolfo con su último hilito de esperanza—. Nadie me ayuda con mi sueño del uviciclo.

El cardo se meció suavemente con la brisa de la tarde y recitó con voz espinosa y profunda:

—Rodolfo, Rodolfo Rodapelusa, tu sueño es grande, ¡no hay excusa! Los zorros, pícaros, piensan en la mordida; las aves, volando, llevan la vida. Mas tú, pequeño, con tu fuerza rodera, no busques levantar la uva por racimo entera. El uviciclo no se alza con la fuerza del caparazón, sino con la astucia del corazón. No ruedes el racimo, ¡rodarás con jugo-dulce por eterna espera! Con paciencia, y de los tuyos la colaboración, pensar en chiquito será tu solución.

Rodolfo Rodapelusa se quedó un momento-estatua. ¿Con paciencia y colaboración? ¿Pensar en chiquito será tu solución? El cardo no le había dado una solución obvia, sino una respuesta-enigma, como todas las cosas importantes de la vida.

Entonces, Rodolfo Rodapelusa volvió a la hijuela, pensativo. Miró el agua, tan clarita, y entonces tuvo una idea. Con sus patitas, empezó a empujar un pequeño trocito de una rama caída; luego, una a una, varias hojitas. Las fue acomodando con el mismo empeño que usaba para sus barro-esferas.

Construyó una especie de hoja-balsita y luego esperó.

Mis abuelos terminaron de cosechar una hilera y, como siempre, algunos racimos, entre el alboroto del tacho, cayeron afuera. Rodolfo, con la ayuda de otras katanguitas a quienes les contó su aventura-uvosa, empezaron a tirar de cada lado con sus patitas, uva a uva, cada una (desde su lado) del racimo caído, rodando, rodando hacia su balsita. No racimos de uvas enteras, ¡sino uvitas-suelteras! Poco a poco, la balsita se fue llenando de uvitas. Cuando estuvo lista, Rodolfo empujó su balsita-uvosa a la corriente suave de la hijuela.

¡Y así fue! La balsita, cargada de uvitas, flotó, flotó y navegó. Rodolfo en ella se subió triunfante. No estaba rodando un uviciclo gigante, sino que, sobre una alforja de uvitas, navegaba galante.

Las uvas chocaban entre sí, y algunas se aplastaban, soltando su jugo-miel sobre la hojita-balsita. Era toda una fiesta de sabor en miniatura. Rodolfo, sintiendo el sabor del uviciclo, se lamía sus patitas.

Desde ese día, Rodolfo Rodapelusa sigue haciendo sus barro-esferas, sí. Pero, de vez en cuando... como cuando la luna es queso-sonriente y el viento trae el rumor de la acequia, él y otros katangas montan sus balsitas navegando entre el brillo del agua y la dulzura. Porque entendió que a veces, los sueños más grandes no se ruedan enteros, sino que se disfrutan de a poquito, con el corazón lleno de uva, compañía y ternura.

Y yo, desde mi ventana, viendo los álamos con la brisa moverse, como un grupo de bailarines flacos entre tierra, aceitunas y uvas, sé que en esta casa de adobe, mi hogar hermoso y modesto, cada bicho y cada planta tiene un poema secreto, que está esperando a ser descubierto. Hay que mirar con ojos de niña alegre e imaginativa, como la Plapla que en el cuaderno bailaba, para encontrar la magia en lo chiquito y cotidiano que en el campo se cultiva. Y siempre, siempre, preguntar: "¿Y si esta vez... una uvita rodará?"

2° Premio

Victoria Emilia Jil Suarez

Lo recuerdo, soy Germán

Hace un largo tiempo, existió un país muy similar a un desierto gigantesco. En este inusual lugar, las preguntas sin respuestas eran lo habitual. Por eso, el recuerdo no era una opción —mucho menos—, una posibilidad porque se desaparecía como si fuera parte de una oscura neblina que no permitía que el color del sol pintara de expresión a las monótonas calles.

Los habitantes tampoco eran de agrado, puesto que eran un par de gentuzas frías y arrogantes. En la crueldad de esa multitud, una anciana destacaba por ser capaz de memorizar mejor que muchos de ellos. Ella vivía con su nieto muy lejos de las zonas con mayor tránsito.

El nietito nació una fría tarde de 1977, cuando todo parecía caos y el silencio rondaba junto con la verdad oculta. Su abuela lo educó desde siempre, podía recordar todo, a excepción de lo que sucedió con sus padres. La carga de la culpa causada por el silencio le resultaba insoportable. Ver otros niños divertirse y contar con sus padres fue lo que causó un vacío imposible de llenar dentro del corazón de aquel solitario niño.

Una silenciosa mañana de septiembre, el chico caminaba por una húmeda y empedrada calle junto a su querida abuela. Entonces, agarrados de la mano, la duda y curiosidad terminaría para él. Decidido, exclamó una pregunta que hasta ahora no había realizado:

—Abuela, necesitamos hablar. Capaz te suene extraño o te pueda molestar, pero quiero saber quiénes son mis padres, por qué no están, por qué nos abandonaron.

Su voz había sonado frustrada, pero finalmente se pudo quitar un peso de encima. Con esas preguntas su abuela quedó completamente helada. Una gota de sudor fría y triste a lo largo de su arrugado rostro le había puesto la piel de gallina.

—Hijo, es muy difícil poder responder eso. Pero, mereces una respuesta, es tu derecho. Sabes, tu mamá solía ser como una princesa. Era una persona muy alegre y bella. Por lo menos, eso recuerdo de ella. Un día, cuando eras un bebé, yo me había ido al supermercado a comprar tus pañales de los más baratos, porque muy pocos tenían plata en esos momentos. Yo me demoré bastante y, al volver a casa, solo recuerdo que te habían escondido como si algo

o alguien hubiera querido hacerte daño. Cuando busqué a tus padres no aparecían. Pregunté si los vieron y fue evidente de que nadie sabía nada, no debí dejarlos solos, perdón hijito mío.

Lo que relataba la abuela con tanta angustia y decepción, hizo que el chico se sintiera frustrado e impotente. Por más de que ella dijera que era la culpable del hecho, él no era capaz de creerlo y tampoco se iba a quedar de brazos cruzados. Soltó la mano de su abuela y volvió con ella a la pobre casucha para demostrar que no era responsable de aquel misterio.

Tras no poder encontrar ni una pertenencia o evidencia, el joven se sentó al costado de su desgastada cama. Como las ventanas estaban rotas, el soplo del aire no demoró en llegar y del desorden causado en la búsqueda, el viento revoloteó un viejo sobre de hoja que, extrañamente, quedó en el regazo del nene. Curioso, se percató que tenía el formato de una carta, entonces abrió el sello y comenzó a leer:

“Hola mamá, hoy es probable que no te volvamos a ver o, por lo menos, lo que me queda por vivir. Los agentes encontraron nuestro refugio y no nos queda otra que entregarnos. Nos quitarán la memoria a cambio de una miseria de dinero y traición. Cuando lo hayan hecho, nosotros dejaremos de recordar y seremos un pequeño polvo que se desvanece con el solo estar. El bebé está en el armario, apenas llegués sacalo de ahí y dale la mamadera que está en la mesa de luz. Tienen que escapar de ahí porque pronto se enterarán de que no somos los únicos y no tardarán ni un segundo en acabar con ustedes. Cuando mi hijo crezca decíle que nos busque en El país de la Memoria. Nuestro niño es lo máspreciado para nosotros y, por más que no lo podamos acompañar a crecer, reír y disfrutar, siempre estaremos en lo más profundo de su pequeño corazón”.

Con amor, María Angélica.

Después de tanto tiempo buscando, ese esfuerzo valió la pena. La chica que escribió la carta resultó ser su madre, algo que lo emocionó completamente. Una lágrima surgía al ancho de sus ojos y descendía por sus pálidas mejillas y, aunque las secaba con su brazo, estas no paraban de fluir. Él sintió como si María Angélica, su madre, le hubiera dado una caricia con un simple, pero inmenso abrazo de papel.

Nuevamente de pie, tenía ansias por huir, por lo que preparó su ropa y pertenencias en una antigua maleta y su diario en un pequeño bolso de lana.

Lo que necesitaba ahora era conseguir la ubicación de aquel sitio maravilloso que mencionaba su mamá. Luego de considerarlo, fue a preguntarles a sus vecinos más cercanos si lo conocían y sabían dónde quedaba el mencionado sitio. Tocada la puerta, el vecino al abrir respondió casi sin modular:

—¿Qué es eso? ¿Lo conozco?, mirá pibito, para empezar, no sé ni qué hacés acá. Así que mejor ándate, porque no pienso lidiar con las dudas de un “huerfanito” como vos.

Luego de haber dicho eso, dio un portazo en la cara del supuesto “pibito”. Esa respuesta lo entristeció bastante, pero no se dio por vencido. Entonces, fue al siguiente hogar a preguntar lo mismo.

Esta vez, abrió la puerta una señora. Su rostro lleno de maquillaje, con un pucho recién prendido y con un tono muy desinteresado respondió:

—¿Me ves cara de profesora de geografía? ¡No me acuerdo!

La mujer no dudó ni un segundo, y otra vez la puerta se cerró en la cara del chico. A medida que preguntaba, se cansaba del comportamiento seco y antipático de la gente. Ya harto, se preguntaba “¿En dónde estoy? ¿Por qué nadie sabe nada? ¿Qué hice para merecer todo esto? ¿Cuál es mi identidad? ¿Por qué mis padres no están conmigo? ¿Es este el “País del no me acuerdo?”.

Quedaba una sola casa por preguntar. Parecía que había gastado su tiempo sin alguna recompensa, y entonces, la última dueña abrió la puerta, y esta vez el joven dijo:

—Disculpe que moleste a esta hora. De seguro está muy cansado, también lo estoy. Una pregunta, ¿Usted sabe dónde se encuentra el País de la memoria? Por favor, escúcheme.

Y la respuesta fue la misma que esperaba oír.

—Perdón niño, no tengo idea sobre donde se encuentra. Se oscurece, es mejor que vayas con tus padres. Mi marido te va a ver, no le gusta que reciba a otros hombres, incluso si son niños. Lo único que sé es que no es un lugar cualquiera. Solo se encuentra en tus...

No llegó a terminar de hablar que un grito atronador llamó a la mujer. Al parecer, era su esposo y no estaba para nada contento de que el chico estuviera allí. Por eso, la señora cerró la puerta.

No había otra opción que volver a casa y vivir una realidad desalentadora, sin sus padres y con la misma duda sin solución ni respuesta.

Al volver, dejó su equipaje en su habitación. Ni siquiera pudo decir la verdad de su tardanza, pues no sabía cómo decirle a su abuela y fue eso lo que lo mantuvo con problemas para dormir durante varios meses.

Con el pasar del tiempo, el chico se deprimía cada vez más. Nada iba a cambiar por más de que él quisiera. Harto y frustrado, fue a sentarse a la orilla de la acequia solo para poder desahogarse. En su cabeza se repetía una misma pregunta: “¿Cuál es mi verdadera identidad?”

Sus ojos ardían demasiado y entre tanta molestia, los cerró, quedando completamente dormido. Mientras soñaba, se oía el tarareo de una canción de cuna que provenía de una dulce mujer que, en sus brazos, cargaba a un pequeño recién nacido. Al parecer, estaba acompañada de un hombre con aspecto muy amigable y encantador.

De repente, el sueño se vio interrumpido por una extraña sombra que de manera cruel se llevaba todo a su paso, excepto el bebé, que lloraba solo y sin consuelo.

Por suerte para él, resultó ser una mala y vívida pesadilla.

Ya despierto, miró hacia la acequia lleno de extrañez y vio su reflejo en el agua. El agua que fluía comenzaba a ser menos movidiza y más silenciosa, y la tranquilidad pudo invadir al chico. Lentamente, una sensación de calidez brotaba del pecho del joven.

Ahora acompañado de ese sentimiento, uno nuevo comenzó a surgir, uno muy raro de tener, y ese parecía ser un recuerdo. A medida que la corriente de agua fluía por su cauce, comenzaba a mostrar cada uno de los pequeños detalles que iba logrando recordar. Sereno, cerró sus ojos y de pronto, murmullos y sonrisas comenzaron a hacerse notorias en su cabeza. Poco a poco iba hilando recuerdos. Lentamente reconstruía su memoria que le permitía acercarse un poquito a su verdadera historia.

Esos murmullos, esas voces sonaban como si fueran de algún familiar. De pronto, una voz sobresalió diciendo un nombre muy peculiar: “Gerito de

mamá”, decía sin parar de repetir. No dudó ni un segundo en ir corriendo y contarle a su abuela sobre aquel extraño suceso. Apenas entró a la casa dijo:

—¡Abu!, ¡Abuela!, no sabés lo que me pasó. Estaba sentado en la orilla de la acequia cuando cerré los ojos y empecé a escuchar murmullos y uno de esos me dijo “Gerito, Gerito de mamá”.

Su abuela, muy emocionada, estrechó un caluroso abrazo hacia el chico.

—Hijito mío, pudiste recordar, quien te llamaba así era tu mamá. Tu verdadero nombre es Germán, yo no te lo dije antes por miedo, no quería que también te llevaran.

En ese momento, Germán agarró la mano de su abuela y la llevó hacia la acequia para que juntos pudieran recordar. Hablaron sobre cada sonrisa, cada lágrima, cada caricia y cada cosa que no habían sido capaces de memorizar y poner en palabra.

Germán ya no tenía sensación de vacío y soledad, porque para siempre lo acompañarían sus recuerdos y el amor incondicional de su abuela. Tampoco tenía miedo de dar un pasito más, porque ya sabía dónde había puesto el otro pie.

No existía un “País de la memoria” y tampoco un “País del no me acuerdo”. Germán entendió que su mamá había querido pedirle sencillamente y con amor que no los olvidara.

Supo en ese momento que, para poder recordar, no se necesita un mapa o una guía, la memoria necesita ser construida con veracidad.

En la historia de Germán y de otros tantos niños la memoria resultaría un largo camino a recorrer, de más de tres pasitos sin miedo, donde la verdad y la justicia serían necesarias.

3° Premio
Abigail Cianci Prete

Revuelo en el bosque

En San Antonio de Areco, don Perico Hornero y su esposa doña Perica estaban construyendo un nido para sus pichones: Josefina y Esteban. De repente, pasó un gorrión ofreciendo ayuda.

Los pichones, que eran chicos pero no zonzos, se dieron cuenta de que era un ladrón. Entonces le contestaron:

—Vos sos un ladrón, y la verdad que no necesitamos ladrones, ¡ahora, andate!

Cuando terminaron el nido, dieron una choripaneada con baile. Mientras tanto, el gorrión caminaba por el bosque y pensaba cómo podía robarle a don Hornero y a su familia. Súbitamente, se le ocurrió una idea: “¡Ya sé! Voy a entrar al baile disfrazado y voy a robar lo primero que vea. ¡Nadie se va a dar cuenta de nada!”. Para iniciar su plan, corrió a su casa a disfrazarse y maquillarse.

En el nido todo era fiesta. Para la inauguración del nuevo hogar invitaron a familiares y amigos de otros bosques y provincias limítrofes. En la fiesta había un sinfín de manjares; pusieron una pista bailable de zamba y chacarera donde doña Perica fue la estrella, y muchas otras cosas que no las vamos a contar para no generar la envidia de los lectores. Pero ALGO (lo digo en mayúscula porque es algo muy puntual) les cortó la diversión.

¿Lo adivinaron, no? Seguro que sí, pero no quiero intrigarlos más. Así que les cuento: era el pesado del gorrión que volvió al baile vestido de vigilante. La familia sólo vio un policía común y corriente que estaba vigilando, así que se quedó tranquila... salvo los pichones:

—Ey, ¿vos notaste algo raro en él, Jose?

—Sí, Esteban. Yo no creo que sea vigilante. Mejor vigilémoslo nosotros a él.

—¡Dale! Un vigilante vigilado ¡Qué buen plan!

Mientras tanto, el gorrión haciéndose el distraído, empezó a robar todo lo que encontró: chorizos, morcillas, pan, maní salado, chizitos, papitas, aderezos y, en serio les digo, mucha gaseosa.

Jose y Esteban habían estado observando todo lo que hacía el gorrión, así que se dieron cuenta del botín que estaba robando. Entonces, mientras el

gorrión salía del nido de lo más campante, empezaron a atacarlo. Mientras la pichoncita picoteaba al ladrón, el pichón fue a buscar a sus papás.

Cuando llegaron los preocupadísimos padres, el gorrión ya se había escapado del nido librándose de los picotazos de la ingeniosa Josefina.

—¿Adónde se fue, hijita?

—Ni idea, papi, pero podemos hacer una reunión de vecinos, ¿te parece?

En la unión vecinal, la familia Hornero se enteró de que el gorrión había robado: jarrones, una cámara, un juego de mate, plantas, la rana-mascota de una vecina y una larga lista de etcéteras. Los residentes del bosque y los invitados decidieron organizarse para atrapar al ladrón.

La familia y el resto de los pájaros se pasaron diez minutos buscando e interrogando aves de otras forestas. Sin embargo, seguían sin encontrar al atracador. Sin decir nada, los horneritos se apartaron del nido con una idea en mente y enseguida ganaron los cielos. De repente, un aleteo alarmante sorprendió a los vecinos. Plumas negras, blancas y marrones, enrojecidas por la furia y el rencor volaban por el cielo. Se oían resoplidos de pájaros furiosos. Se vieron siluetas de... ¿gorriones?

¡Pues sí! Era un ejército de pardales comandado por el cleptómano.

—Ustedes querían sus cosas, ¿no? —les preguntó el gorrión a regañadientes.

—¡ENTONCES, ACÁ LAS TIENEN!

Inesperadamente, los pájaros ladrones empezaron a tirarles toda clase de cosas robadas a nuestros pobres amigos horneros y a sus vecinos. Súbitamente, todo empezó a encajar para don Perico.

—¡Ahhhh! ¡Ya entendí! ¡Es la banda de saqueadores del pájaro *Luis Gorrión Valor!* —pensó, mientras los delincuentes lo ataban como un matambre para que no contraataque. De paso, incendiaban el “campo de batalla” donde estaba parado el vecindario. En eso, llegaron los pichones... ¡con la policía!

Les cuento: mientras sus padres estaban averiguando dónde estaba Luis, los pajaritos se habían ido a la Comisaría Forestal de la O.N.A. (Organización Nacional de Aves), la comisaría más prestigiosa de ese bosque. Con ayuda del comisario Alejo Pajarini y su ayudante, Elvis, idearon un plan para atacar a Valor. El comisario les dijo que él y Jose iban a arrestar a Luis luego de que Elvis peleara y Esteban deshiciera lo que tal vez le habían hecho a la comunidad.

Y ahí estaban: Elvis y Estebi (como le decían) para combatir el mal. Pero había un problemita... ¡Elvis tenía miedo! Pobre, estaba temblando. Entonces, el pequeño pero valiente Estebi tuvo que tomar una decisión:

—Cambio de planes: yo peleo, vos desatás.

—¡No, esperá!

Tarde. Esteban ya se había ido corriendo a las llamas. Pero, a decir verdad, su plan B funcionó. Mientras Elvis desataba y evacuaba a los vecinos, el valiente hornerito mostraba sus llaves de artes marciales y combate libre usando a la banda de rateros como bolsas de boxeo. ¡Y los dos salieron sin ningún rasguño!

Luego de este intenso combate, llegaron el comisario Pajarini y Josefina. Ellos esposaron a todos los ladrones; después, los vecinos apagaron el fuego, arreglaron la zona y curaron las heridas. Por último, todas las aves de la arboleda les pidieron autógrafos a Alejo, Elvis y los audaces mellizos (disculpen, me olvidé de contarles eso) Estebi y Jose.

Era un día hermoso en San Antonio de Areco. Le esperaba una tarde llena de sonrisas a la familia Hornero y su vecindad. En cambio, para Luis Gorrión Valor y su pandilla, los aguardaba un triste futuro detrás de gruesos y fríos barrotes de hierro.

RECONOCIMIENTO ESPECIAL

Renzo Danilo Mallea

por su destacada participación en ediciones anteriores

Peligro de extinción

El profesor de historia tenía más años que la escarapela. Una vez le dijeron que, cuando uno se vuelve mayor, comienza a mirar al pasado con más amor. Y allí, sentado en su escritorio, observaba a los peces volar en el cielo mientras recorría los otoños imperdonables de su niñez.

Juan Ramón soñaba con ser artista. Todas las tardes viajaba horas interminables a través de poesía, esa que duerme en el corazón de una canción esperando ser encontrada por un alma llena de vida.

Se enamoró de todos los instrumentos. Quería tocar el piano, la guitarra, el violín y la batería. Jugaba a ser estrella de rock y se frustraba intentando aprender a bailar zambas y chacareras. Su mamá se reía y le decía que, un día, llevaría alegría a todo el reino con su música.

Todos en ese lugar eran así: bailaban, cantaban y sonreían; pero, a un selecto grupo de reyes eso no le divertía. Ellos querían tener a todos bajo su control. Así, un día, crearon un pequeño artefacto capaz de alejar a todas las personas de sus familias, amigos y hasta incluso de ellos mismos. Desde entonces, ¡no más alegría, no más libertad!

De pronto, el sonido dejó de existir; no se compartían más conversaciones entre mates y tortitas ni daban risa los artistas. Ese artefacto dejaba a su paso solo mentes vacías y personas aburridas. El reino cambiaría para siempre y las cosas dejarían de tener sentido, pero nadie lo advertiría, porque estaban absorbidas por el brillo.

Quizá esta historia parezca una locura, pero no lo es, porque ocurre en el mismísimo reino del revés.

Estaban invitados a tomar el té, cosa que solo hacía la gente grande. Fue ese día en casa de la abuela cuando la mamá de Juan prendió la radio para escuchar las noticias. Decían lo mismo que las revistas: ahora había reyes que prohibían la palabra que empezaba con “Ar” y terminaba con “Te”.

—Ar... Te. Ar... Te. —Repetía Juan— ¡No es justo! ¡Quiero hablar con los reyes inmediatamente!

Su madre y su abuela le dijeron que eso era un problema. No se podía, porque los reyes eran unas águilas que vivían muy muy lejos, ¡ni siquiera entendían el idioma! Ellos se comunicaban hablando en gatonés.

—¡Ay, qué papelón!

Al principio la gente se abatató, pero todo el miedo se pasó cuando ese artefacto llegó a sus vidas. Empezaron a usar barbas y bigotes los bebés, se dejó de bailar con los pies y, un día dos y dos se hicieron tres. Los abuelos dejaron de tener voz. ¿Por qué? No lo sé, quizá porque en el reino del revés, el más vulnerable es presa del rey.

Había que tener mucho coraje y mucho valor para usar un suéter de otro color. Porque mientras los osos aparecían dormidos en una nuez, el artefacto les decía a todos cómo vivir y vestir. ¡Ay del que no estaba a la moda! La gente, sin embargo, no se preocupaba. Estaba muy ocupada como para darse cuenta de quien tenía mucha sed, porque el agua se le escapaba cada dos por tres.

¿Y el sueño de Juan? Se lo fueron arrebatando poco a poco. Ser artista era cosa prohibida, y ser periodista tampoco se podía. Mucho menos científico o doctor, eran carreras que los reyes no querían. Por eso ellos elegían.

Al final eran todos libres de hacer lo que desearan, menos... de dar su opinión.

Un día, Juan Ramón salió a dar un paseo. Pero, entonces, se encontró con el peor escenario posible: habían desaparecido todos los cines y los teatros. Las librerías habían sido reemplazadas por cuadras de negocios. ¡Era ese artefacto! ¡Les estaba robando las ideas, y ya nadie componía o escribía!

Fue de inmediato a buscar a su mamá. Llegó a casa y le explicó detalladamente la situación pero ella no hacía más que sonreír mientras escuchaba con atención.

—¿Vos decís que el arte está en peligro de extinción? —dijo al fin— ¡Imposible! ¡No puede ser!

—Sí —respondió a su mamá—. Puede ser. El mundo está cambiando. Por ejemplo, nuestro vecino Andrés tiene mil quinientos treinta chimpancés. ¿Te imaginas esa locura?

Lo miró, miró a un niño que quizá no comprendía el mundo dado vuelta en el que vivía. Miró un rostro temeroso de perder su sueño. Lo miró sabiendo que, quizá, él nunca podría contar cuántas horas había tenido que trabajar para

regalarle una guitarra. ¿Y si el arte realmente se perdía para siempre? ¿Y si la gente se olvidaba el nombre de su canción favorita? ¿Qué iba a pasar si nadie se enamoraba de una poesía? Miró a su hijo, porque era cosa de madre sostener hasta el más imposible de los sueños.

—Vení, te voy a contar un secreto.

El cielo no era cielo todavía cuando salió de su casa esa mañana, a esa hora la luna todavía brillaba. Estaba despejado, como era común en los días de verano. Él caminaba a la par del frío y la lluvia que, románticos, daban un paseo y le revolvían el pelo. Todos los lunes eran iguales pero para Juan Ramón no era un día cualquiera, era el último trabajando en esa escuela.

El profesor de historia tenía más años que la escarapela. A veces asomaba la cabeza por la ventana y se detenía a observar a los peces volar libres sobre esas mentes que no lo eran.

—Alumnos —dijo parándose frente a toda la clase—. Hoy es mi último día, y es por eso que quiero contarles un secreto.

“Ustedes y yo tenemos una misión: salvar el arte, porque está en peligro de extinción. Todos tenemos un artista dentro de nosotros. No importa si escriben poesía, si tocan un instrumento, si dibujan o si cantan en la ducha. Los reyes dirán que el arte es un grito de rebeldía. Yo les digo que es un grito de vida. Es lo que nos hace libres, el idioma de nuestro sentir. Es lo que nos regala lágrimas y risas, y nosotros, cada uno desde su lugar, puede regalarle eso a los demás. Sé que ahora todo es instantáneo, basta con pedirlo una vez para generar una melodía, una pintura o un texto. Pero no dejen que les roben la inteligencia ni la imaginación porque, sin ellas, el reino estaría de cabeza... más de lo que ya está.”

Habiendo dicho eso, Juan se sentó en su escritorio, viendo como algunos de sus alumnos apagaban el aparato que los atrapaba. Él sonrió. Su sueño era ser artista, pero la vida lo llevó por un camino diferente. Dentro de poco se jubilaría y se uniría a los abuelos que, un poquito caminando y otro poquitito a pie intentaban recuperar su voz. Pero estaba feliz, porque en todos sus años como docente había transmitido la pasión del niño que alguna vez fue.

Quién sabe. Quizá las palabras que su mamá le dijo un día, a alguien le hubiera cambiado la vida, cuando el cielo fue luz de mediodía.